RAFAEL BOLIVAR



# GUASA PURA





CON UN PROLOGO

DE

M. V. ROMEROGARCIA



CARACAS

Imprenta Editorial de Soriano Sucesores.

1895



# PROLOGO

Va á leerse un libro esencialmente venezolano: he tenido sus originales en mi poder durante algunos meses y se lo agradezco sinceramente á Rafael Bolívar, menos por la honra del prólogo, que por estos ratos de melancólica abstracción corridos al calor de las lecturas patrias.

Afortunadamente yo me entiendo, ya que la generalidad de los que dicen leerme parece que no lo consiguen: si es un delito aspirar á la literatura criolla, yo me confie-

so reincidente y á la faz de los rococós declaro que prefiero los cuadros de GUASA PURA á esa eterna charla de los copistas sin talento y los imitadores sin ingenio.

Es tan agradable leer un autor nacional : sentir en las páginas del libro las mismas brisas que oímos de niños; aspirar los mismos aromas que ensanchaban nuestros pulmones en las escursiones de la escuela !

Por desgracia á mi no se me permite escribir lo que siento; mis ideas nacen y ya nos las llevo al papel porque ni en el periódico ni en el libro hay cabida para ellas; cuando los extranjeros las acojen y las dan amparo y las echan á volar más allá de sus fronteras, mis generosos compatriotas me imponen silencio, como si yo les exigiese solidaridad de cualquier género.

No puedo, pues, decir de GUASA PURA todo lo que pienso; porque he de hacerme reo de franqueza ?

Obligado á vivir de careta puesta, ansío los momentos en que puedo estar enfrente de mi *yo* : esos dialogos conmigo mismo, no interrumpidos por la exclamación hipócrita ni por la frase fementida, no perjudican á ningu-

na notabilidad ni estimulan ninguna envidia.

Soy tan feliz en mi aislamiento!

Cuando yo era chico vivía en mi parroquia un varón prudente y sabio; lo fué tanto, que ocupó por veinte años consecutivos la Tesorería del Estado Carabobo: á ese hombre ilustre le llamaban *Don Ramón no opino*, porque á la ciencia de ocultar su pensamiento debió la perpetuidad del empleo.

Por qué no aprendí yo esa sabiduría teniendo tan cerca el maestro?

Hoy es tarde para adquirirla: los ensayos me fatigan y al fin y á la postre hago muy mal mi papel.

Confórmense, pues, los lectores extranjeros con lo que dejo expuesto; si alguien quiere, como es de suponerse, conocer pormenores acerca de la veracidad y autenticidad de este libro, dispuesto estoy á suministrar los datos que toda obra de arte requiere para ser debidamente apreciada por las personas cultas: este volumen tiene peculiaridades que exigen acotaciones para que el lector no venezolano se aperciba de su raro mérito patrio; pero la época y la nueva evolución del carácter nacional ordenan silencio.

Obedezcamos á los autores de la felicidad popular, y terminemos como es de estilo: Guasa Pura, aunque no llena ningún vacío, ni responde á ninguna necesidad política, es un libro venezolano en la más lata aceptación de la palabra.

M. V. Romerogarcía.



# GUASA PURA

---

## LA LENGUA

Á DON RAFAEL ESTEVES BUROZ

Es el miembro ó la parte más interesante del cuerpo.

Es coloradita como un pimiento y flexible y lustrosa como una culebra.

Varía de tamaño, según y como la corporatura del paciente, digo, del amo de la lengua.

A veces toma un color blancuzca, como cuando las cascabeles están en la época de celo, pero con unos cuantos purgantes vuelve á su estado natural; porque aseguran muy sabios Doctores que las suciedades del estómago y las porquerías de la lengua y que se dan la mano. Como los partidos políticos más opuestos.

Por eso cuando me encuentro con un chismoso, lo mando á que se purgue.

Mato con una piedra dos perdices. Le hago un servicio á él y muchos á la humanidad.

Decirle á una persona lengua larga, no es ofensa, es más bien alabanza; porque mientras más larga se la tenga más le temen á uno, y con el miedo de los demás se come al fiado y se bebe lo mismo.

Ya quisiera tenerla yo de vara y media.

Me serviría hasta de foete.

Y creo firmemente que un foetazo con una lengua debe doler más que una herida.

Conozco una niña que tiene la lengua que parece un trocito de coral, tan delgadita y tan fina, que se la mete por las ventanas de la nariz con una facilidad admirable. Lo mismo hacen las vacas.

Con la única diferencia de que á las vacas no les da catarro.

Hay hábitos que tiene inconveniencias muy serias.

En materia de lenguas tengo el gusto muy acentuado.

Una lengua larga me gusta ahumada, y si se le puede agregar unas ruedas de cebolla, mejor.

Una viperina la tomaría en salsa de tomates, agregándole un huevo frito y una copa de sauterne.

Lo que no tomaré nunca es una lengua en estado natural.

Y si está saburrosa, el diablo que la tome.

Los españoles de *pur sang* usan mucho el término *deslenguado.*

Creo yo que nada se gana con desearle á una persona que no tenga lengua.

Porque ya se sabe que deseos no matan.

Y además las barbianas de Venezuela dicen: que maldiciones de gallinazo y que no llegan al espinazo.

Ahora, lo que se debe hacer con una lengua de esas que matan una reputación con un chisme y conmueven una sociedad con una *bola*, es conservarlas en salmuera.

A mí no me fastidian los verbosos ni me escaman los locuaces. Al contrario, me dan sueño, lo cual es un beneficio.

Cuando no puedo dormir, porque me acosan en la cama los fantasmas de mis acreedores, busco un tipo de esos de conversación apretada é indigesta, y á los cinco minutos estoy roncando.

Caigo de redondo.

Si este descubrimiento lo hubieran hecho los médicos, hace tiempo que el cloral y el cloroformo estarían de más en las boticas.

Cuando se trate de amputarle cualquier miembro á un paciente, búsquese á un necio que le dé

dos horas de conversación, y á los quince minutos se dejará cortar hasta la cabeza, que es la parte más augusta del cuerpo, según Ruiz Aguilera.

Es probado.

Conozco una señora viuda de un Coronel de artillería, que no goza de pensión y á quien quedaron seis pimpollos de su matrimonio, que el mismo día que me la presentaron me hizo más preguntas que un confesor.

—¿ Es usted casado ?

—Sí señora, y con hijos, cesante, con suegra y cuñada y pago casa de alquiler.

—¿ Cuántos hijos tiene ?

—Dieciseis. (Esto lo dije yo dándome mucha importancia.)

—Pero, su señora es muy fecunda !

—Todos dos los somos, como decía el viejo Luna.

—Se casaría usted muy joven ?

—Al salir de la escuela.

—Su señora estará muy acabada ?

—No lo está, pero lo deseo con toda mi alma.

Y sería no concluir; porque me habló de sus insomnios, de sus hijos, del calor, de la política, de su Coronel y de un perrito faldero, que se la pasa ladrándole á la luna.

La lengua ! pues le juro á ustedes que si me la corto no me haría falta ! 1895.

# LOS CALLOS

Á DON PEDRO SEDERSTRONG

Son unos inconvenientes de cuero crudo que le salen á los desgraciados en los pies.

Los ricos son necios, pero no callosos.

Eso de los callos lo hizo Dios para los que no saben á donde van á dormir esta noche, ni con qué se van á desayunar por la mañana.

Yo no he estudiado fisiología callérica, porque los que tengo apénas si me dan tiempo para pensar en los baños de agua tibia y los zapatos flojos.

Pero soy capaz de asegurar que el callo es una selección córnea, que tiene algo de demo-

nio, un escrúpulo de dinamita y conatos de mala intención.

La forma del callo depende de la parte que toma de su cuenta.

Si sale en la corona de un dedo, parece un gorro de dormir ó de estar en la casa.

Si toma posesión de una falanje, parece una nigua ya en meses mayores.

Si se establece dentro de dos dedos, toma la forma de una silla vaquera.

Si se encaja en la extremidad de una uña, cualquiera lo confunde (no siendo el paciente) con un botón de chaleco.

Y si coje para su uso la planta de los pies, se extiende como la yerba-buena.

Un detalle importante: el callo es enemigo jurado de los dedos meñiques.

No los puede ver ni en pintura.

Sin duda por aquello de que siempre la soga revienta por lo más delgado.

El callo es venático, asi como los locos y la gente malcriada.

Hay veces que aguanta hasta que lo pisen y otras le estorba hasta el aire.

Como á los niños, no se le debe tratar con rigor.

Trátele usted con blandura y verá como se le vuelve una mantequilla; pero si le aplica la

navaja, cuente usted á los ocho días con un cuerno, aunque no sea usted miembro de la honorable cofradía de San Marcos.

El callo se irrita con una facilidad espantosa.

Es, sin duda, de temperamento bilioso, como Diputado de la oposición.

A mí los callos me sirven de barómetro.

Como no me pueda poner los zapatos, es seguro que va á llover dentro de poco ó á hacer mucho frío.

De las cosas raras un calloso al salir de un baile.

Al llegar á la puerta de la casa donde fue el sarao, se sienta en el quicio, se quita los botines y medias, cuelga aquéllos del bastón y se mete éstas en una de las faldriqueras de la *picarona*, ó las bota, si están en estado muy lamentable, y se va arrimadito á la pared en dirección á su casa, maldiciendo de la música y del que inventó los zapatos.

Una noche encontré uno en esta guisa, me echó un refunfuño, le tomé por un turco, me llevé la mano al chaleco, y le dije: "perdone hermano, que no tengo suelto."

Para los callosos se hicieron todos los infortunios de la tierra.

Si corre un *trueno* hoy, al día siguiente no se puede calzar.

Si se le muere un deudo, no le puede llevar al hombro hasta el camposanto, porque y gracias que vaya á caballo ó en coche ó en carro hasta la ciudad de los muertos.

Si pelea, tiene que pararse, aunque sea haciendo de tripas corazón, porque si todo el mundo puede usar á su antojo las de batir barro, las suyas no tienen ese derecho.

Y si las calles están en mal estado, el calloso no puede salir de su casa, so pena de ir á la cárcel por blasfemo.

Yo no tengo un maiz que asar, y no lo digo por evitar un lance, como llama un amigo mío á los préstamos, pero lo que es en callos tengo un capital.

Si aquí se comieran, como en España, haría mi negocio.

Aunque dicen que los de allá son de ternero.

Los míos son superiores, porque son de marfil.

El día que esté más fastidiado de ellos, me los corto y los vendo para que hagan dados ó bolas de billar.

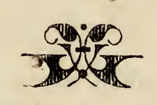
Una señora que siempre andaba en plantillas, me decía con mucha gracia: yo tengo buen apetito, estoy gorda, Bonifacio me da todos los gustos, pero para que mi felicidad no sea completa me molestan mucho estos *bichitos*, y echaba al aire unos piecesitos blancos como el alabastro,

adornados con unos puntitos rojos, que es el color propio de los callos femeninos.

*Vale* Sederstrong, á nosotros nos ganarán en dinero, en amor á los empleos públicos, en mala intención y en barriga, pero lo que es en callos no nos gana nadie.

Nadie!

1891.



# INDUMENTARIA

Garibaldi le dió nombre á unas camisas que parecían de lana y que exhibieron por estos barrios plebeyos los que vencieron en Caracas el año de 70.

Venían muy orondos con las camisas aquellas de colores chillones.

Yo no sé si el ilustre guerrero usaba las tales para entrar en batalla ó ponerle las peras á cuarto al nono de los Píos, lo que sé es que aquí se la pusieron hasta los aguadores, que tienen muchísimo derecho para engalanarse con lo que les dé la gana, y no faltó quien las convirtiera en dormilonas, tanto afecto se las tenía.

Las camisas Garibaldi se corrompieron y vul-

garizaron, como se corrompe y se vulgariza todo en esta tierra, la mazonería inclusive, y de ellas salió el liquiliqui, parto feliz de la cabeza de un sastre cubano, llamado Emilio Tornés, muy cariñoso, muy amable, quien perdió su bienestar jugando al dominó, y al cual dé Dios muchos años de vida, como para mí lo deseo, amén.

Pero el liquiliqui empezó con dibujos, letras góticas, adornos de trenzas de color, bordados, buena tela, mejor corte y miles aderezos más, de tal modo que ya no desdeñaba ponérselo la gente de pró, aunque no fuera más que para estar en la casa, montar á caballo, cazar y hacer el amor (que es otro género de cacería entre rural y urbano del mejor gusto), y hoy anda tan por el suelo, que, francamente, me da lástima.

Y me da lástima porque yo le auguraba un un gran porvenir al liqniliqui.

Al verlo tan fresco, tan bello, tan suave, tan propio de estos cuerpos endebles y flacos nacidos bajo el ardiente sol de los trópicos, me parecía que no había más allá en materia de elegancia y conveniencias individuales.

Todavía me imagino que una breve reacción liquiliquera puede salvarnos de los cuellos como garras de cuero, de los puños de hoja de lata, de las botonaduras y las yuntas, de las corbatas de plastrón y *demás yerbas* y de tantos otros pingajos como nos mandan del otro mundo.

Yo que le tengo horror á los pronunciamientos, me pronuncio, doy mi firma, voy hasta la cárcel, si es preciso, porque el liquiliqui sea prenda de uso obligado.

El gobierno, que tanto se desvela por el bienestar común, deviera dar una resolución en ese sentido.

Con eso haría un gran servicio al país, á la igualdad civil, á la economía política y á la salubridad pública.

Que andemos todos de liquiliqui, y ya verán ustedes el incremento fabuloso de la riqueza pública.

Si yo fuera Diputado presentaría al Congreso un proyecto de ley en ese sentido, y pronunciaría discursos tan elocuentes, que triunfaría sobre los que créen que el hábito hace el monje. Palabra de honor.

Obligaría á los mismos Congresantes á ir de liquiliqui á las sesiones para que no se parezcan ni siquiera en el traje á los Diputados que firmaron el acta del 5 de julio....!

Andar de levita en estos climas, es lo mismo que pegarse una sangría á diario.

Y andar de casaca, guantes blancos y un *tour eiffel* en la testa, es una cuquería impropia de hombres serios.

El tipo que se ponga en esa guisa, que no me

pase por delante porque lo coleo, aunque después salga el sol por La Villa.

Si el Congreso quiere aprovechar estas ideas, hágalo y sancione la ley. A mí me quedará la satisfacción de morir de liquiliqui, entre las bendiciones de mis conciudadanos y los anatemas de los sastres.

La Victoria—1891.



# POLITICA MENUDA

Las Batatas es un lugarejo muy apacible, tranquilo como un cementerio y verdecito como una esmeralda. Tiene diez ó doce casas de paja, una que otra labranza, agua á pasto y sesenta habitantes, según el último censo.

Quien lo dude, que vaya á Las Batatas y me desmienta.

Por allá fuí en tiempo de elecciones, no á muñirlas, que por desgracia no soy juntero de pueblo ni Jefe y Centro de nadie, sino á comprar unos marranos y unas aves de corral.

Mi suerte, que por mala anda siempre á la greña conmigo mismo, llevóme un día nefasto á Las Batatas. La gente del lugar andaba de fies-

ta. Hombres, mujeres y muchachos estaban todos en el callejón que conduce al vecindario, cargados de flores, triquitraquis y cohetes; y el mismo callejón no era ni su sombra, tan limpio y adornado á trechos con arcos que parecían triunfales se veía.

—Qué santo es hoy? preguntéle al primero que avisté.

—Que yo sepa! me contestó, haciendo un signo de duda.

—Y esta fiesta?

—Poco más de nada. Esperamos hoy al comandante, y como tenemos la obligación de venirle á encontrar cada vez que viene del pueblo, aquí estamos cumpliéndola.

—El comandante será el comisario, seguramente?

—No señor. El comisario es aquel que está montado en aquella burra cana, de bigotes, que trae escopeta de dos cañones y *churi* al cinto.

—Cosa más rara! no pude menos de exclamar.

—El comisario?

—No. El comisario es tan común que usted lo encuentra por todas partes.

—Y entonces?

—Lo decía por la burra de los bigotes y demás aderezos.

—Yo no he dicho eso, me contestó escama-

do y mirándome con unos ojazos de mete miedo.

—Oiría yo mal. Pero no pelearemos por mala entendedera, ni por error de más ó de menos.

Mas el batatero no se dió por satisfecho, refunfuñó algo que no comprendí y me dió la espalda. Entonces fue cuando ví que de su mano derecha pendía un araguaney.

Instintivamente me pasé las manos por las costillas.

A poco se me acercó Toribio, el único pulpero de Las Batatas, muchacho amigo mío y con el que trabé otro palique.

—Estamos de fiesta, parece?

—Sí, la llegada del comandante.

—Pero quién demonios es el comandante? ¿Qué funciones ejerce aquí?

—Precisamente él no ejerce ninguna función. Da alguna, acá entre nos, cuando se pasa de la cuenta, y sí no pregúntaselo á todas las costillas de la reunión, salvas las mías, que todavía no han saboreado sus caricias; pero es un tipo con quien el Gobierno se entiende para todos los pasteles que quiere arreglar por acá: casi leído, porque medio firma, y muy bravote, cosas al parecer incompatibles; el hombre, en fin, que nosotros reconocemos aquí como nuestro cabo de vela.

—Pero ese sér es una maravilla de fortuna!

—Ahí es nada.

—Cómo se llama esa bendición del cielo?

—Agapito Desbarataflauta.

—Construcción rara de apellido, si las hay.

—Pero el comandante es una providencia para el lugar. (Y me decía Toribio esto con una buena fe, que Dios se la deje gozar por muchos años.) De él es el marrano más gordo, la gallina más hermosa, el *jojoto* que cuaja primero en el *conuco*, la caraota y el maiz que primero cosechamos, el borrico más fino que paren nuestras burras; y no son de él también nuestras mujeres y nuestras hijas, no por falta de ganas, ni porque no tenga derecho para ello, sino porque tiene una propia, con quien le casó el padre Monteverde, celosa como una escopeta de dos cañones.

—Pero, eso va en serio Toribio?

—Como lo oyes. El día que se muera el comandante, vamos á quedar en Las Batatas, como unos mismos locos. Es una *lavativa* tener uno que pensar. Con el comandante estamos por acá libres de esa molestia. El piensa y nosotros obramos. ¡Y cómo piensa el condenado! Desde que le conozco no ha pelado la cuerda una sola vez. Ejemplo al canto. ¿A elecciones tiramos, no es eso?

—Tirarán ustedes, lo que es yo tiro á vivir de mi trabajo.

—Pero bien, ya se trata de elegir Presidente, nó?

—Así parece.

—Tú crées que el candidato del comandante es el de la mayoría?

—Hombre, sería lo más discreto.

—Pues te equivocas, chico, de medio á medio: el candidato del comandante es el del Gobierno, y ese mismo es el nuestro....

Nada, no te asombres! Eso es lo práctico!

Eso da por resultado, que el batatero es *musiú*, ó cuasi cura, porque nunca lo reclutan ni ha llevado jamás un oficio en su vida, ni hecho una patrulla; y si le da un trancazo á alguno, tampoco va á la cárcel. ¿A quién le debe todas esas preeminencias, fueros, inmunidades y prerrogativas? A la maravilla de talento que posee nuestro cabo de vela, al comandante Agapito Desbarataflauta.......

—Hay revolución? El comandante, se enferma y más discurre un morrocoy en su concha que él en su hamaca. Triunfa la revuelta? La primera manifestación sale de Las Batatas. Se va un Presidente, ó ha terminado su período? Le miramos como las gallinas á la sal. Surje otro? Allá le va un papelote lleno de piropos y de terroncitos de azúcar. Esa es la política de Las Batatas, y no hay quien nos tosa......

Cuasi quise abrazar á Toribio y darle dos besos; pero me contuvieron los gritos de los muchachos, las salutaciones de aquella turba de incondicionales rurales y el ruído de los cohetes. En ese momento llegaba el comandante. Venía á horcajadas en un asno rucio. Era un hombrazo de color entre cobre y chocolate, barba crecida, ojos verdes y cada brazo que parecía un trozo de roble. Traía un rewolver de caballería al cinto, acompañado de una *santa catalina* de cuarta y cuatro dedos y una constitución en forma de asta, cuyos artículos habrían de ser muy expresivos para las espaldas de los batateros. Al pasar junto á mí me echó encima una mirada agresiva, que de chiripa no me hizo caer de rodillas, lo cual hubiera sentido por mis hijos.

Batateros, volveré donde vosotros cuando sepa que tenéis sentido común!



# LAS NARICES

Si no fuera porque tiene uno necesidad de oler ciertas cosas, á fin de no dejarse dar gato por liebre, yo propondría que suprimiéramos las narices. Las tengo un odio feroz. Son muy indecentes. Todas ellas, desde la que cinceló Fidias en marmol pentélico, hasta la que exhibía el señor Ovidio Nasón, la cual, según la historia, parecía un hermoso pan de azúcar de Guatire; todas ellas, digo, no son sino padrones de infamia levantados en el centro del rostro humano.

De mí sé decir que cada vez que estornudo ó me sueno, me acuerdo del Miércoles de Ceniza, y repito, parodiándolas en latín de Nápoles, aquellas

tremendas palabras de la Iglesia: *Memento homo omnia mocus qui mocus est mocus reverteris.*

Las narices parecen mudas y son más chismosas y más habladoras que las beatas. La crónica escandalosa de un vecindario se refleja íntegra en las narices de sus respectivos habitantes. Si en la localidad se le rinde culto asiduo al chispeante Baco, todas las narices del lugar las vé usted rubicundas y brillantes como tomates en sazón. Si la favorecida es la retozona Venus, entonces las halla usted granosas, purulentas, pitituosas y llenas de caspa brava. Conozco el almendrón.

***

El temperamento, la manera de ser moral, se reflejan también en las narices, y hasta ciertos inconvenientes fisiológicos.

Los chingos son hipócritas, afectuosos y melancólicos. Se alegran mucho cuando les dan á oler algo. De ahí el refrán, como un chingo por oler.

Los perfilados son ambiciosos, apasionados y violentos.

Los que gastan nariz socrática (vulgo chata) son desconfiados y celosos; no le dan el costado á nadie, ni se retratan, ni se ven el perfil en la pared. Son unos desgraciados. Conocí uno que cuando tenía catarro no salía á la calle, se pasaba las horas

muertas en su casa escarbándose las narices con un palito de fósforo sueco.

Los que tienen la nariz en forma de pico de loro, son lascivos, feroces, impertinentes y curiosos. Lo quieren saber todo, y en todas partes lo primero que meten es la nariz. Estos suelen prestar dinero al interés módico de 40 p%.

Los de narices de papa retoñada son vulgarotes y alegres, amigos leales y maridos bonachones.

***

Lo que es en las damas, esta prominencia que vengo analizando, desempeña un muy importante papel; y, lo mismo que en los hombres, denuncia su temperamento también.

Las chingas son apasionadas y románticas, comunicativas y locuaces: tienen generalmente mucha imaginación, y cuando les sale algún novio, aunque el tal sea un cedro amargó, se lo figuran ellas, allá entre las entretelas de su fantasía, rubio, nervioso, y esbelto como un mancebo escandinavo. Si llevan calabazas, mueren tísicas; si se casan son buenas esposas y generalmente muy fecundas. Cuando un marido, á quien le haya tocado por consorte una de éstas, le dice: ¡qué hay, mi chinga! ese día hay comida abundante, cama limpia, fiesta y besuqueo en el hogar, y chiquitín al canto, digo, á los nueve meses justo.

Las perfiladas son vanidosas y un tanto coquetas. Créen que se lo merecen todo; y se dan importancia de Ministro Diplomático.

Las que gastan la nariz aguileña, (vulgo pico de loro) son lascivas, laboriosas y alegres. Se la pegan al lucero del alba. ¡ Guarda Pablo!

Las que tienen la nariz como papa retoñada, cargan siempre la cabeza alzada como potro de buena rienda, á fin de ocultar los morros á la inquisidora mirada masculina, y son virtuosas, honestas y de genio apacible.

Las que gastan la histórica nariz socrática son por lo regular buenas parejas, les gusta la música, aman los saraos y las giras campestres y caminan con toda la sal de Dios. Todas sus conquistas las hacen caminando y siempre por detrás.

***

¡ Odio todas las narices, pero odio especialmente, con odio africano, las narices peludas, esas que gastan barbas como los hombres, los tigres, los gatos y las mazorcas de maiz !

¡ Me choca esa exhuberancia de pelos que luciría mejor en otra parte !

¡ Aquí de la fulana ley de las compensaciones! ¡ Cuasi siempre los calvos tienen dos montañas de cerdas en las fosas nasales ! ¡ Bastante ganan ellos con eso !

¿No les quedarían mejor esos pelos en la coronilla para evitar los atentados de las moscas? Que conteste el sentido común.

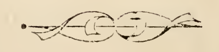
***

Los que abusan más de las narices son los niños: se las limpian con la lengua, y se las llagan á pura uña. Hay niños que llegan á viejos con estos hábitos.

Conocí un Diputado, que, en pleno Congreso se sonaba las narices con la mano y se limpiaba luego en la curul ó en las mangas de la levita. Este hombre cuando anduvo de bragas sería un mocoso terrible. Lo peor es que sigue siéndolo.

***

Hay narices agresivas; narices groseras, narices vulgares. Hablo de esas que estornudan sobre todo el mundo; y no están calladas un momento, ni en la mesa, ni en la visita, ni en la cama. ¡Las odio! ¡Son muy indecentes!



# PLATO DEL DIA

SUMARIO.—Erupto de cesante.—La cuadratura del círculo.—Chifladura.—Max Nordau.—La decadencia.—Datos personales con ilustraciones en el original.—¡El Czar ha muerto! ¡Viva el Czar!

Boca no se vió jamás
como esa tuya, Ginés;
hablando, vale por tres,
comiendo, por muchas más.

¡Dichosos los tiempos en que la musa española echó á la calle versos semejantes; y dichoso y feliz ese Ginés que hablaba como tres y comía como una docena de Gineses, poco más ó menos!

No porque ahora no se hable, que sí hablamos mucho; pero lo que es comer....! pregúntenselo ustedes á Juan Clausell; ya eso es harina de otro costal, ó burro de otro arreo, para decirlo en criollo.

Yo de mí sé decir que no cómo á mis anchas desde el antiguo régimen; y no preciso el dato, por no exponerme á las indirectas y murmuraciones de los que me andan buscando el lado del tabacal, dicho sea en parábola.

Al paso que vamos, habrá que suprimir muchos órganos importantes del cuerpo humano, principalmente la boca y el estómago. Se está comprobando su completa inutilidad en estos días; pues el problema de vivir sin comer ha sido definitivamente resuelto por una lujosa mayoría de cesantes venezolanos, entre los cuales me cuento, aunque no lo tengo á honra.

Como ustedes comprenderán, la feliz resolución del citado problema de vivir sin comer, es mucho más importante que la de la cuadratura del círculo, que acaba de conseguir, no sin muchos quebraderos de cabeza, un señor León, de Río Chico, de quien ya se dice por ahí que está chiflado; lo cual yo no afirmo ni niego, porque cada uno es muy dueño de chiflarse cuando le venga al pelo. En muchos casos—mejorando el presente—la chifladura es hasta un recurso jurídico. Y se cuenta de un pulpero maula que compró un marrano al

fiado á una mujer; y cuando se venció el plazo, y fué la dama á buscar su dinero, el pulpero se hizo el sueco ó el belga, que es cuasi lo mismo, y contestaba los requerimientos al pago que le hacía la acreedora, con la seña del mudo.... ¡Estaba chiflado!

***

Max Nordau está sumamente irritado con la decadencia que observa en la literatura moderna, y la atribuye á una depresión bien caracterizada en los actuales cerebros humanos. No me atrevo á negar que en Europa suceda lo que asevera el célebre escritor, y aún extenderé su observación hasta Centro-América; pero lo que es en Venezuela, la cuestión cambia completamente de aspecto. Es decir: aquí también se observa una decadencia desconsoladora, no sólo en literatura sino en todo; pero aquí tiene *todo el mundo* su cerebro arreglado; lo que no marcha bien es el estómago. Nuestra clínica arroja este dato abrumador: "No faltan fiebres; se ha presentado algún caso de crup; mucho tísico; mucho enfermo del hígado; mucha consunción; de indigestiones, y colerinas, y despeños biliosos con tendencias á pujos, ni un sólo caso, hace mucho tiempo." Me parece que más claro no canta un gallo y que huelgan los comentarios.

Con un estado estomacal tan decadente ¿cómo

es que no quieren que uno lo sea? Y tiene uno que serlo, no solamente en literatura, sino en fisiología, en indumentaria y hasta en religión!

Prueba testimonial en seguida.

Yo era escritor festivo, y ahora resulta que cuando cojo la pluma, me ataca una melancolía feroz; me sale de adentro una queja honda, que va subiendo, subiendo, hasta que cuasi se asemeja á un rujido anarquista, y después decae, y parece el cuchicheo de un par de pilluelos que se cuentan sus primeras picardías; escribo al fin; y cuando yo creo que me va á salir la crónica alegre, juguetona, y chispeante, de mis días risueños y felices, lo que me sale es una mesenfana redonda, como una bola de billar. Estoy peor que el isleño á quien se le murió la borrica, á la cual quería él más que á toda la su familia, inclusive la madre que lo había parido. Si esto no es decadencia, que venga *Don Anselmo* y lo diga.

Yo era más gordito que Andrés J. Vigas; de tal modo que mis amigos me decían cariñosamente, poniéndome las manos en los hombros: "pareces un cuñete de aceitunas montado en dos palitos de fosforos suecos." Y hoy ¿qué parezco?—Una vela princesa de esas de á un real. ¿Qué se hizo aquella barriga dura, en que se podía tocar una diana? ¿Qué se hizo aquel vientre frondoso, como un repollo aragüeño?—Si esto no es decadencia....

fisiológica, que venga Doña Alonsa Quijano y lo diga....

En indumentaria? Acá, en secreto, mi último flux data de la Aclamación! Me ha sido más leal que el Lionfort, de Eduardo Blanco. Ropa interior? Mejor es no meneallo! Sombrero y zapatos? Así como los de Pepe Castañas. Si esto no es decadencia, que venga Siret y me lo pruebe.

En cuanto á religión, yo era cristiano viejo. Creía en todos los misterios; en la inmortalidad del alma, en la resurrección de la carne, etc.; ahora sigo creyendo en todo lo primero; pero lo que es lo último no me lo mete ni San Agustín; porque, señor, si la carne resucita ¿por qué no me mandan de una vez la que yo he perdido, y vengo perdiendo no paulatinamente, sino *al trote* como el libro de Miguel Eduardo Pardo? Y el resultado es que me he hecho decadente también en religión, y tanto, que estoy resuelto á meterme á fraile, ahora que vamos á tener un convento en cada cuadra.... Si esto no es decadencia, que venga González Narvaez y me lo asegure.

***

La última noticia grave es que ha muerto el Czar de Rusia, y ya está uno nuevo, de 26 años, en el candelero Mi pésame á la familia del finado (muy conocida mía) y mis felicitaciones al vivo y *demás deudos*.

1894.

# ¡QUE RECTIFIQUE!

Con la novísima ley de imprenta estamos nosotros los periodistas con el credo en la boca.

Hay que orillar las cuestiones, que decir las cosas y no decirlas, que irse con cautela, echando garra de los socorridos piés de plomo; en definitiva, estarse uno como Quevedo cuando lo alertó la patrulla.

Porque el trabajo es que el periodista se desmande un poquitín, cuando ya se le viene encima todo un aguacero de cartas abiertas y cerradas, pidiéndole rectificaciones, en tono espeluznante.

Que en estos momentos cae sobre nosotros

un descomunal chaparrón de amenazas; lo que no llueve son suscritores, pero lo que es promesas de tiros y apaleos, eso sí.

Esto es más grave que la censura previa; porque siquiera la censura previa no tiene cosa alguna que hacer con las costillas y la preciosa sangre de los que fueron un *poder* en tiempos de *Timón*, *poder* que han anulado los guapos y las....¡ guarda, Pablo!

***

En los periódicos del día se halla usted con sueltos como este:

"El rapto de que dimos cuenta ayer, efectuado *por* el Callejón de Muchinga, en la persona de una chica de buena edad, con las circunstancias agravantes de fractura, escalamiento y violación de domicilio, ha resultado más falso que los restos de Cristóbal Colón. No hubo tal rapto; pues la cosa pasó á campo raso, mutuo consentimiento de las partes y sin consecuencias mayores.

"Así nos lo asegura el señor Perico Palotes, tenorio del lugar y actor principal en este suceso. Queda hecha la rectificación."

***

Las rectificaciones, como la *numeración*, se dividen en *verbales* y *escritas*.

La rectificación *verbal* es la más temible; porque ésta se la piden á uno personalmente, en tono agrio, *ilustrado* con un buen *rozador*, un *cacha-blanca* ó un araguaney, como un viguetón. Este género de rectificaciones termina siempre en la Policía, con hilas, y bálsamo católico en el *texto*.

La rectificación que llamo *escrita* es menos grave. Se la piden á uno por medio de cuatro letras, más ó menos amenazantes, y ya está.

***

Ayer me decía Antón—un muchacho que se ha formado periodista á fuerza de audacia y de *que se le da á él* y á quien fajaron con una credencial de *reporter*—me decía, digo: "Si esto sigue como va, la lesión orgánica revestirá caractéres epidémicos entre nosotros los del gremio trágico sensacional. He pasado tantos sustos en estos días, que me creo, no con uno, sino con dos *sacos!*"

***

Pero los periodistas, que, generalmente, no son *tontos*, han hallado la *contra* de esta *racha* de apaleo que amenaza las integridades de muchas cabezas y costillas; y ya hay quien paga en dinero las *rectificaciones*. Digo, no rectifica, indemniza.

En estas redacciones de *paganos* (*redentores*

sería mejor) se oyen diálogos como éste:

—Dice usté en su papelucho que yo le dí un arrempujón á una vieja, en la esquina del *Muerto ?*

—Así me informaron; y, vamos, lo dije.

—Pues eso es una calunia, y yo no aguanto ese desacrédito; y, ó borra usted lo del arrempujón, ó me paga, ó aquí mismo lo dejo frío, de una buena trompá en la boca del estómago.

—Bueno, hombre, se le pagará. Cuánto pide usted por la calumnia?

—Yo no sé usté.

El redactor pone diez reales en manos del reclamante, y éste se larga con viento fresco.

***

De modo que dentro de poco nadie pedirá rectificaciones ¿para qué?

El grito espeluznante de *¡qué rectifique!* será sustituido por éste: ¡qué pague!

No se escapará á los lectores, considerada la situación económica que atravesamos los periodistas y los que no lo son, cual de esos dos gritos es más grave.

Lo que es conmigo perderán su tiempo los que me pidan rectificaciones....en dinero.

Al gritarme algún reclamante ¡pague usted! me quitaré el sombrero y le diré muy cortesmente: "Si usted quiere, sírvase darme seis palos ó dos tiros, que lo que es dinero, ni Cristo que lo fundó."

# ¡Y TU TAMBIEN PEPE!

---

Mi tocayo *Pepe Castañas*, mozo de empuje y de buen trapillo—que es cuanto puedo decir en su elogio, porque si lo llamo esperanza de la Patria, es muy capaz de coger la cosa por lo serio y aflojarnos un manifiesto—mi tocayo Pepe, digo, dará en breve á la luz pública un libro en verso, que titula él, *Retazos y Retozos.*

Conozco el libro porque lo ví en paños menores, y les aseguro á ustedes que me entusiasmó tanto, que le eché á Pepe más piropos que los que se gastan con las muchachas en estado de merecer, y si no puse al libro un prólogo trascendental y de circunstancias, fue porque á Pepe como que le dió el olor de la cosa y escurrió

tan lindamente el bulto, que lo del proemio no pasó de simple amenaza.

Como lo siento lo digo (porque á sincero no me gana ni Pedro Emilio Coll): estoy que me las pelo por *prologuear* á algún autor; porque haciendo cuentas y repasando una por una las páginas todas de mi perra historia literaria, encuentro que ningún escritor ha tenido la bondad de pedirme que lo presente al público lector y benévolo; y me tiene muy molesto, en este caso, esta virginidad de mi pluma....He dado bombos, he deshecho sonetos, he fraguado acrósticos, he escrito en algunos libros en blanco, cuasi todos inéditos, por fortuna, he llorado en prosa sobre la tumba de muchos amigos muertos en olor de santidad, he roto las cuerdas de la lira epitalámica, he insultado la asendereada musa de los onomásticos; en fin, confieso sin rubor todas mis culpas literarias; pero en cuanto á prólogos, proemios, prefacios, ó lo que sea, no tengo de que arrepentirme. Nadie, hasta esta hora, ha querido tener la honra de ponerme á vivir al lado suyo.

Y cuando Pepe me dió la buena nueva de que iba á publicar sus *Retazos y Retozos;* cuando me leyó aquellas estrofas en que su musa juguetona y festiva derramó todas sus gracias, cuasi estuve por proponerle que me exigiera el prólogo; y aunque no llegué á decírselo lisa y llanamente,

le insinué con maña y astucia lo bello y hermoso de un libro, en que un amigo, más ó menos interesado en sonar y en que lo vean *prologueando*, dice de nosotros las cosas más dulces y delicadas que puedan leer ojos humanos.

Pero ya saben estedes como Pepe no me dejó salir con la mía, porque acaso bien se sabe él, como dice Tosta Garcia, que los prólogos ó muy buenos ó no hacerlos. Mas yo me vengo. El libro se salvó de que yo pusiera en él mis manos, pero no se salva de que diga de él que está escrito con toda la sal de Dios, que hay en sus páginas luz, calor tropical, color y cielo patrios, sabor de la tierra, regionolísimo, en fin; éso que tanto hemos pedido y que ya le tenemos en el gallardo autor de *La Llanera*, que anda por ahí brindándonos un trago del famoso pichero que guarda en la tapara....

El libro de *Pepe Castañas* tiene, sin embargo, una gran mácula. ¿A qué nó la adivinan ustedes, vamos á ver?—La oportunidad en que sale. Estamos en plena *racha* de libros, folletos, opúsculos, hojas sueltas, etc. La mar de impresos de toda clase de calibres. Es un diluvio literario, que va á acabar con nosotros, si no nos apresuramos á construir el arca.

Hay algo más grave todavía. Hasta hace poco, el escritor que publicaba un libro, le mandaba á uno un ejemplar con la indispensable dedicatoria, cuajada de adjetivos y figuras retóricas: hoy no;

hoy le mandan á uno los ejemplares por cajonadas, y tiene que pagar el flete y estarse á las consecuencias, si la cosa resulta subversiva, y luégo repartirla á los relacionados del autor, si es inocente.

Cuanto no más vamos á hallarnos en los periódicos con avisos como este: "He sabido que en la Aduana de La Guayra hay una caja de libros dirigida al que suscribe. Protesto una y mil veces contra tamaña iniquidad y juro por los Santos Evanjelios que no tengo relaciones de ninguna especie con el autor de ese libro, sea quien se fuere y llámese como se llamare."

¿Se venderá el libro de *Pepe Castañas?* Bien lo merece, y así lo deseo; pero me temo que quiebre el tocayo. No hay tiempo para leer lo que le meten á uno hasta por las narices. En presencia de este aguacero torrencial de literatura mala, á domicilio, franca de porte y gratis, por añadidura, si no se tratara de *Pepe Castañas* y de un libro ameno y sabroso, que de seguro será bien recibido por cuantos aman las buenas letras, habría que exclamar parodiando á César:

—¡Y tú también, Pepe!

*Por poder de Pepe Regocijo,*

RAFAEL BOLÍVAR.



# DIA TURBIO

Lo fue el de ayer para mí. Al levantarme de la cama hice el primer desaguisado; derramé el contenido del vaso de noche sobre el petate, y....no doy más detalles!

Fuí á lavarme después, y al ir á botar el agua que contenía la palangana ¡fun! se me salió ésta de las manos y se hizo añicos en el patio.

—No se ha perdido más que la hechura— rugió mi patrona desde el comedor, poniendo un hocico de burro en celo.

La ponchera valdrá cosa de ocho realejos, pero lo que es yo no pienso pagarla.

Luégo fuí á desayunarme, y al meterme en la boca la primera rebanada de pan, se me fué una miga por el camino viejo, empecé á arquear y arrojé sobre una señora mayor que me quedaba al lado.

—Caballero! usted no ha leído á Carreño? me dijo furiosa la dama.

—Señora, le contesté yo con una voz de orador necrólogo, en estos momentos no me acuerdo de ningún autor.

No sé si la miga pasó ó se me zampó en el cerebro; lo que sé es que tomé un trago de café y cogí la calle, que es la única cosa que se deja coger conmigo va ya para dos largos años.

Me eché al arroyo con las medias mojadas, deshecha la melena sobre el cuello robusto, como el león de Don Andrés Bello, y una carraspera de arpa vieja.

Al pasar por la esquina de los *Angelitos* me levantó las faldas del paltó un agente del orden. Dí frente á retaguardia con la rapidez de un veterano y enarbolé el bastón.

—¿Por qué me anda usted por ahí?—pregunté, presa de un coraje estupendo, al polizonte.

—Créiba que usté cargaba revolve, porque le véy atrás un gran bojote.

—Pues ha cometido usted conmigo un atentado enorme. Por esa parte no aguanto yo manoseos ni del Gobernador! Era lo que me faltaba! qué

me viniera usted á confundir con un cocinero de sexo dudoso!

Durante sostuve esta polémica con el agente, un perro, al cual seguramente no le ha entrado todavía la morcilla municipal, se paró junto á mí, me olió los zapatos, dióle en las narices lo de las medias, y ¡zas! levantó la patita é hizo aguas menores sobre mis pantalones. Pero aún no había acabado de desahogarse el can incivil, cuando descargué sobre sus lomos tan feroz bastonazo, que el polizonte se fué de espaldas y se llevó, de pasó, á una martiniqueña que venía por la acera con una cesta llena de hortaliza, y le pisó los callos á un isleño. A las protestas de todos y á los aullidos del perro, salió á la esquina un zapatero, hecho una furia, y con un descomunal par de hormas en las curtidas manos.

——¿Quién me le ha pegado á Napoleón?—preguntó con voz tonante el artista en remiendos.

—Yo, rugí, que no contesté.

—Pero que injusticia ¡Santo Dios! si este perro es más manso que un buey.

—No digo que nó, pero lo que es decente no es; vea usted si nó.

Y enseñé al zapatero la injuria que me había hecho su can.

Dispense usted, me dijo cortesmente el de las hormas. Llamó á Napoleón y ambos se metieron en un tabuco. Del fondo del cual salía

luégo una voz acariciadora que decía: "monono, reputo, picarín, el más querido de todas las perras de la parroquia, voy á tener que fabricarte unas bragas, porque me parece que estás padeciendo de *angurrias*."

Seguí mi camino, como atontado, loco, los nervios tirantes, andando por donde me diera el sol, á ver si sus rayos fecundos me le hacían á mis pantalones una obra de caridad. Cuando llegaba á la esquina de *Puerto Escondido*, oí una voz que me llamaba por mi nombre; y al voltearme, ví á un sugeto de muy mala catadura, (mejorando lo presente) que se me acercaba con los brazos abiertos.

—Es Dios quien te envía, me dijo el afectuoso caballero, dándome un abrazo estrechísimo. Hace tres días que no como.

—Te compadezco y te acompaño en tus sentimientos.

—¿No tienes por ahí una pesetilla?

—Déjame ver.

Y por complacer, ó mejor dicho, por mortificar á aquel beduino, me registré uno á uno todos los bolsillos que llevo á cuestas, aunque bien me sabía yo que ya podían darme garrote vil si me hallasen un miserable centavejo. Mi conocido, digo, mi enemigo, seguía con ojos de conejo espantado la requisa inquisitorial que yo ejecutaba en mi persona, y estiró hacia mí una mano seca, huesosa, curtida, y adornada con unas uñas de *gavilán primito*, como

queriéndome arrancar una de mis entrañas ó todas ellas. Acabado el registro le dije: ¡no tengo! con el más ramondelacruziano de los tonos.

El beduino me miró de arriba á abajo con unos ojos de institutriz inglesa enfadada, y me dijo: "pero hombre cómo te atreves á salir á la calle sin una peseta."

—Eso mismo digo yo.

Y le dí lo único que podía darle, es decir, la espalda....

—Ichs! caballero!

– Qué se le ofrece, mi señora?

—Usted puede darme algo para comprar un remedio á mi hija, qué está muy malita?

—No, señora, le contesté.

—Por qué?

—Porque soy hermano de San Francisco, y mi regla no me permite cargar dinero.

—Eso se puede remediar yendo yo á su casa.

—No la tengo.

—Dónde vive usted entonces?

—Como las iguanas, en un arbol de la plaza de Capuchinos.

—Caballero ¿por quién me toma usted?

—Yo no la tomo á usted por nada de este mundo, ni del otro, si es que lo hay, mi señora.

—Es usted un grosero!

—Y usted una bruja!

—Qué la peaña de San Miguel lo acompañe!

—Y á usted la madre de las bubas!....

Después un granuja me digo anarquista, porque no le pude dar una *locha;* un alemán me iba sacando un ojo con un paraguas genovés; un vendedor de periódicos me zampó por las narices un ejemplar de *El Imparcial;* una barbiana me llamó calzones de brinca-charco; y por último, al dar la vuelta de una esquina y quererle sacar el cuerpo á uno de mis enemigos (léase acreedor) me iba convirtiendo en tortilla una pareja de americanos pegada á un coche de lujo....

Cuando regresé donde mi patrona, buscando algo que almorzar, me recibió con estas dulces palabras; "lo que es usted bien pueda largarse con viento fresco, porque yo no puedo seguirle suministrando el plato. Para caridad basta. Por las dos quincenas que me debe, ya tomé del que era su cuarto, una levita sucia, un chaleco de medio pelo y unos ocho libros viejos....!"

Huelgan los comentarios.



# Y MI MACHO TAMBIEN!

Claro! Después de leído el libro escrito por el General Guzmán Blanco, en defensa de la Causa Liberal, es cuando se explica uno el por qué del odio que le profesa Level de Goda al Ilustre Americano.

Aquella escena del macho no es para inspirar cosas buenas; y tan no las inspira, que si ustedes se quieren convencer de esta verdad, grande como una casa, sírvanse leer la "Historia Política y Militar de Venezuela."

Desde ahora me estoy á las consecuencias, ya que me pongo á pedir servicios y á hacer súplicas de ese jaez; y si ustedes, como yo, se ponen bilio-

sos después de atiborrarse de prosa levelgodiana, les regalaré un frasco de sal de frutas. Es cuanto puedo hacer por ustedes.

***

Yo ¡ pecador de mí! confieso que he leído historias malas, así del país como de ultramar; sin exceptuar las que se estilan por aquí y por allá, en estos turbios días que corren; y creía en mi sencillez provinciana, como hombre de pocos alcances y ninguna cultura literaria, creía, digo, que, tratándose de malas historias, el expediente había quedado cerrado y sellado (y dispensen ustedes el sonsonete) con la que escribió el conde de Toreno del "Levantamiento de España;" pero me llevé el gran chasco, porque resulta ahora que el citado autor español es un Herodoto, si á compararle vamos con nuestro flamante compatriota, el excelente herido del Corozo.

Lo que hace más odiosa la "Historia Política y Militar de Venezuela" no es que está solamente muy mal escrita, que si bien lo estuviera sería como pescar truchas en el Guayre; ni porque acaba á mandoble limpio con la verdad y la lógica; ni porque pone á la literatura cual no digan dueñas; ni porque vapulea á Falcón, á la Gramática, á Guzmán Blanco, al sentido común, á los godos, etc.; sino porque toda ella, desde el título hasta el pié de im-

prenta, es el resultado de una venganza personal, el efecto de un aborrecimiento viejo, guardado en lo más hondo del hígado—que es el órgano con que se odia—por espacio de treinta y cinco años.

Voy á probarlo.



Un momento después de la pelea del Corozo, cuando ya la sabana ardía como una vela de á un real, notó Guzmán Blanco que el macho en que se había batido tenía el cuero agujereado, no sé por qué parte ni lo dice la historia. Movióle á compasión la herida del mulo, y para darle una prueba de afecto, desmontóse y púsose á apretarle la sincha. Cuando estaba en esta plebeya ocupación el que fué años después la panacea y zarzaparrilla de todos nuestros males, acercábase á donde él se encontraba el señor Luis Level de Goda, quien venía herido, entre dos soldados que le sostenían, el traje sucio y descompuesto, descolorido el rostro, el cabello en desorden, desfigurada la boca por una mueca trájica y los ojos vacilantes y hondos.

En cuanto Level vió á Guzmán, creyó ver el cielo abierto, y le dijo con una voz que partía el alma:

—*¡ Antonio ! ¡ estoy herido !*

—¡ Y MI MACHO TAMBIEN ! — respondió Antonio, de un modo brusco y cuasi feroz. . . .

Y montó en su mulo, metióle los talones por los hijares y se despidió á la francesa.

Aún no estaba Guzmán á cincuenta varas de distancia, cuando Level de Goda balbuceó estas palabras:

—¡Y MI MACHO TAMBIEN! No tengas cuidado que no se me olvidará la frase!

¡Ya te daré yo machos, vagabundo, cuando escriba la "Historia Política y Militar de Venezuela!"

Y el herido del Corozo ha cumplido su amenaza. Se vengó á los treinta y cinco años justos. Ahí tienen ustedes la inspiración, el arranque y punto de partida del libro ese, ya tantas veces mencionado.

***

La frase ¡Y MI MACHO TAMBIEN! es de un sabor realista muy acentuado, y hay que conservarla. Ha matado además, como con mano de pilón, el concepto viejo aquel que dice: "por aquello de la mula."

Yo tengo ya hecha la fórmula. Cuando me pergunte alguno: "hombre, Rafael, ¿y por qué te odia tanto fulano? le responderé sin titubear: "por aquello del macho."

Que en esto de odios políticos y de salvajes pasiones de partido hay machos como elefantes. Lo tengo bien averiguado.

***

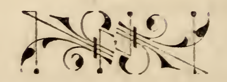
¿ Quién es *Ella*? que preguntaba el alcalde de marras á la gente, tampoco lo usaremos de ahora en adelante. Cuando se peleen hombres públicos ó privados y los compadres se echaren los trapos sucios á las caras, de hoy más no habrá *Ellas* sino machos de por medio; y cuando fueren damas las que anduvieren á pescozones y puñetazos, caeráse de maduro que en este acontecimiento andará un macho entre bastidores.

Y los versos aquellos del poeta:

"En todo humano litigio
¡ No hay remedio!
A no obrar Dios un prodigio
Habrá faldas de por medio"

Se corrigen desde ahora para siempre, así:

En todo humano litigio
¡ No hay remedio!
A no obrar Dios un prodigio
Habrá un macho de por medio.



# ¿ME ALZO?

Confieso que no nací para ejercer de valeroso.

Me encanta el heroismo pero no me atrevo á imitarlo.

Un hombre que toma una trinchera me parece un demonio.

Pero no paso de ahí.

Creo que para algo más que para andar le dió Dios á uno los pies.

Cuando yo oigo silbar una bala me pongo sano de los callos.

No me ven ni la brújula.

Una vez, por mis muchos pecados, sin duda, quise echarla de revolucionario.

Iba todos los días al comité.

Fraguaba planes diabólicos.

Exponía ideas explosivas.

Echaba tacos y reveces.

Me creía guapo de veras.

Mis compañeros de lirismo me admiraban.

Pero todo esto fue mientras la revolución no se hizo rural.

Llegó el día de la tortilla y me encontré sin huevos y sin manteca.

Les referiré esas *queseras del medio* de un revolucionario primerizo.

Yo me estaba tranquilo en mi casa, acariciando mis hijos y alabando las dulzuras del hogar; pero con el cerebro lleno combates.

En esto llegó un cofrade y me entregó una tarjeta del hombre que yo reconocía como Jefe.

Era muy lacónica. Decía: "Don Este saluda á usted y le ruega pase por acá, que tiene cosas muy importantes que comunicarle."

La fecha y más nada.

Mi primer movimiento fué fingirme de enfermo; después pensé en ocultarme; luego en romper la baraja, y por último en *pasarme*, que ha debido ser mi primera impresión, dicho sea en buena lógica.

Sin embargo, pudo en mí más un resto de orgullo revolucionario que mis naturales instintos de hombre cívico.

Me eché á la calle y enderezé hacia la casa de mi Jefe.

Confieso que no las llevaba todas conmigo: sudaba cocos y mis piernas parecían de azogado.

En cada ciudadano pacífico que topaba en la calle, veía un enemigo. Confundí á un talabartero honrado con un espía, y al doblar una esquina le pisé los callos á una señora mayor, la cual me dió las gracias dejándome caer un paraguas genovés en el hombro derecho.

En tal guisa llegué casa de Don Este.

Estaban allí reunidos todos mis compañeros de infortunio.

El Jefe dió lectura á todos los documentos revolucionarios.

Quedé enterado.

Planes más bonitos no hubiera desarrollado ni el que asó la manteca.

Plomo por aquí: plomo por allá: por todas partes plomo.

El General en Jefe terminaba sus requerimientos á la guerra con esta máxima consoladora: "El modo mejor de contrarregenerar la República es emplomándola."

A todo esto, yo no me [illegible] t[illegible] bien del estómago; pero como ando siempre preparado para conjurar cualquiera maladanza [illegible] me tomé [illegible] peletica de carbonato de sosa [illegible] una copa [illegible]

Mis entrañas no me engañaban: algo muy grave se preparaba contra mí.

Así era en efecto. El Jefe que debía dar las primeras carreras en el centro, me llamó aparte y me ordenó lo siguiente:

—Usted debe irse esta noche—me dijo.

—¿Para dónde? le pregunté.

—Para Güigüe.

—¿Y qué voy á hacer en Güiguüe?

—Alzarse.

—¡¡Yo!!

—Sí, usted; y hará las siguientes operaciones.....

—No, lo que es por operaciones no quedará, le imterrumpí, porque si usted me apura mucho, hago aquí mismo la primera. Francamente, que no me siento bien. (E insensiblemente me pasé la mano derecha por la barriga.)

—Le diré mi plan. Usted amanece alzado en Güigüe: toma mañana mismo á Magdaleno: ataca en seguida la guerrilla que hay en Tocorón, y le quita los fusiles que tiene: invade á Garabatos: viene á dar unos gritos aquí en la sabana de los Colorados; y luego se va á correr por la Sierra del Sur hasta que correspondan los demás comprometidos. Eso es todo. Como usted ve, el plan no puede estar mejor urdido, y será para usted muy fecundo en re-

sultados así como para la Patria y para la causa.

—Eso será todo lo fecundo que usted quiera, general, pero lo que es yo no he nacido para ese género de empresas. Lo confieso sin rubor; soy hombre que empuerco la ropa á la vista de una escopeta.

Lo mismo que le pasa á cierto amigo mío y á ciertos otros que más de una vez se han ido de bruces por la retagurrdia. Si yo me alzo, (es un decir, porque eso no sucederá ni que pára San Mauricio) me cojen á los cinco minutos, y con mi martirio empezará el descrédito de la revolución: me pegarán una chaqueta de á medio; me tomatearán y me darán una serenata con peroles. Yo no he nacido para general, ni aspiro á serlo, ni me deslumbran los laureles guerreros. Eso de Güigüie déjelo usted para otro que quiera hacerse célebre. Yo vivo muy bien en mi dulce oscuridad. Si la revolución necesita discursos, yo puedo hacerlos y hasta decirlos donde no me oiga ningún policial: si necesita periódicos, yo puedo redactar uno clandestinamente; pero eso de salir á exponerme á que una bala me remita para el otro barrio, sin que nadie sepa que pedazo de tierra lúgubre guarda mis preciosos restos, no lo haré yo, Don Este, no lo haré.

Y después de este *espiche* me sentí como si se me hubiera quitado un gran peso de encima.

Don Este me despidió del modo más descortés

Cuando yo salía, oí que dijo: "Lo que es éste busaca, no inventó la pólvora. ¡Desgraciado! en esta tierra el que no sirve para alzarse, no sirve para nada."

Seis días después, uno que pretendió alzarse en Güigüe, no vió ni la brújula, y más tarde la revolución toda fué á parar á la Rotunda.



# AVISO IMPORTANTE

Como ya se acerca el día de mi cumpleaños, y es natural que en ese día me acaricien y agasajen mis amistades, participo al público que vivo en la posada de la señora Silveria Domínguez, en la Hoyada; que uso camisas de cuello parado, ó doblado, número 41; que calzo 38 ancho; que uso medias de hilo de Escocia, número 10; no me desagradan los pañuelos de seda, aprecio las corbatas, con tal que no sean azules; ando no muy holgado de botones y yuntas; en materia de sombreros, prefiero los de jipijapa y mido cuatro y medio justo. Item más. Si algún amigo qniere regalarme un flux, tengo mis medidas donde el señor J. I. Castro. Otro detalle.

Cómo dulces, y bebo desde brandy Wold hasta cinta verde. El día de mi cumpleaños es el 24 del corriente y estaré en mi casa todo ese santo día, á disposición de mis amigos. Ah! se me olvidaba participar también al público, que veo con horror las tarjetas de felicitación limpias y peladas, que no traen más que el dichoso nombre del felicitante. ¡Para tarjetas estoy yo!

Quedo esperando los regalos de mis amigos.

RAFAEL BOLÍVAR.

La Victoria: 13 de octubre de 1891.



# PODER DEL ANUNCIO

Me lo he aprendido porque lo dijo *La Voz Pública* ahora tiempos y lo ha seguido repitiendo como un fonógrafo, *El Diario Comercial* de Puerto Cabello: "Todo debe anunciarse. Ese es el gran secreto de la prosperidad industrial."

De que es así, doy fe, como dicen los Registradores.

Si yo no anuncio con tiempo que el 24 de octubre era el dichoso día de mi santo, me quedo con los ojos claros y sin vista.

Hubiera pasado con el lindo arcánjel lo que con el benemérito San Canuto, que se pasa por de-

bajo de la mesa con una tranquilidad que dá grima.

Pero como yo soy hombre que sé donde me aprietan los botines, y muy de mi siglo, además, madrugué, y ya se sabe que el que madruga coje agua limpia.

Mis amigos, dicho sea en justicia, y quede consignado aquí como una explosión de agradecimiento, se portaron como buenos unos, como chistosos otros, y todos como bien nacidos y educados.

A pesar de lo que dije en cuanto á tarjetas mondas y lirondas, me vinieron varias, pero fue mayor el número de las que trajeron algo por delante, y lo consigno con cierta fruición industrial.

Entre las primera merece especial mención la que recibí de REBECA, la dulce poetisa guayanesa; y para que la posteridad no se vaya á dar de cachetes por averiguar que fue lo que me dijo la redactora de EL AVILA, en el día de mi santo, óiganlo ustedes: "REBECA saluda atentamente al humorístico Rafael Bolívar, y se permite enviarle su tarjeta LIMPIA Y PELADA, deseándole un feliz cumpleaños."

¿No es verdad que la tarjeta esa *huele á tomillo*?

Un Ministro, muy amigo mío por más señas, me puso un telegrama, lamentándose de que en Caracas no estuviesen mis medidas; sin duda para regalarme un flux. Y como no soy yo criatura que echo en saco roto estas cosas, le digo ahora al Mi-

nistro y amigo referido, que tengo mis medidas en la sastrería de J. M. Fajardo, y que si continúa respecto á mí en tan buena disposición de espíritu, se dé una ida por el establecimiento citado, y mande á cortarme lo que sea de su gusto.

(Estoy tan estrecho y peor traido, que ni una *picarona* me vendría mal. La que tengo data de la Aclamación: lleva cinco años largos de uso y de cepillo. Considérese, además, que ya está la Legislatura encima. ¡ Doble contra sencillo á que Don Simón toma este paréntesis como una indirecta !)

De Cagua, mi terruño nativo, donde el sol madura dos cosechas cada año y las indias saben á canela y huelen á violeta, de Cagua, me enviaron por el correo, una arepa de queso grande como un budare de á medio real.

Conste que la emballé.

Un mal intencionado me remitió un cabestro de cocuiza y una charada, cuya solución es, háganme el favor de asombrarse, ¡ AHÓRCATE !

(Este debe ser algún enemigo encubierto y gratuito que desea asistir á mi entierro. ¡ Gracias !)

En definitiva, fué tanto lo que me acariciaron mis amigos en el día de mis días, que para que ustedes no lo lleven á guasa, allá les va la lista de los regalos y manifestaciones de aprecio que recibí: Un espejo de cristal de roca, un paraguas, un tintero, un peine usado pero útil, un corte de chaleco, una caja de tabacos habanos, cinco litros de brandy,

dos corbatas, un par de camisas, una funda de almohada, un sombrero de cartera, un garrafón de *cinta verde*, una botella de vino español, seis pañuelos de seda, una carga de naranjas y limones dulces, una muñeca, una caja de estracto, otra de jabones de olor, un corazón de pan de tunja, una arepa de queso, un cabestro de cocuiza, un par de yuntas de á real y medio, siete pares de medias, diez telegramas, cuatro cartas, un soneto con estrambote, ciento nueve tarjetas y seis abrazos de esos de palmadita en el lomo.

Mi patrona Silberia Domínguez, que es buena y tres más, me regaló el almuerzo de ese día; y lo que es yo, el agraciado, cojí una turca á las once en punto, que vine á aflojar el 25 muy de mañana á fuerza de café sin dulce.

Después de este resultado, por mí previsto, no me queda otro recurso que exclamar como *El Diario Comercial*, de Puerto Cabello: "Todo debe anunciarse. Ese es el gran secreto de la prosperidad industrial."

Me chupo, pues, los dedos de contento, y les digo como un ciego de Villa de Cura, que, guardando la limosna, dice con gachonería:

¡MUY AGRADECÍO!



# LOS IRRESISTIBLES

## I

Llamo así á ciertos mozos, que, en cuanto abandonan los calzones cortos, se constituyen en una amenaza para todo sér viviente.

De éstos, generalmente, el más hombre no pasa de los catorce años; pero á esta edad ya fuma, juega, se embriaga, enamora, pelea y da que hacer á la policía.

No es la calificación arbitraria si les digo á ustedes que estoy de los *irresistibles hasta aquí* ("señalando la coronilla"), y que he resuelto [para vengarme de algún modo de las desazones que

me dan,] dividirlos en tres grupos, á saber: tenorios, políticos y escritores. De éstos, el tenorio es el que va á comparecer hoy en juicio.

El *irresistible* del primer grupo es un muchacho feo él, cuasi un caballerito, al cual ha iniciado la sirviente de su casa, llevándole al país de las emociones fuertes por el camino más corto. [Vereda del amor libre, como diría un moralista.]

Allí, entre topias y ollas viejas, sobre la ceniza caliente y las rajas de leña seca, á la luz rojiza de la llama que flamea en el hogar, es este *irresistible* el único gallo que aletea, se hincha y canta; y cuando sale á la calle, por más aromas que se eche, por más brillante y finchado que se ponga, siempre apesta á cominos y manteca del norte. Parece que le sale de adentro el olor fuerte de las cacerolas y las cazuelas.

Este mozo ve el mundo al través de una chimenea llena de telarañas y de hollín; crée que todas las damas son criadas de servir; confunde los salones con la cocina de su casa; se come á cartas á todas las pollas casaderas de la parroquia; se alaba de que todas las mujeres se mueren de amor por él; y cuida más de su percha que de su salud y su estómago.

A veces un padre celozo ó un hermano violento, le muelen las costillas á palos, por alabancioso, pero él no corrige la lengua; y al compás

de los versos aquellos, "¡ay! amor cómo me has puesto!" se cura con salmuera y limón agrio los cardenales.

De este *irresistible* salen el hombre insus tancial y el viejo verde.

Cuando ustedes hallen por allí á un chico guindado de una ventana, ó convertido en *punto* en una esquina, ó ahondando una cuadra de tanto andar por ella, no le den vueltas, ese es de los *irresistibles* del primer grupo.

Sus señas particulares son: vestido á la última moda, flor en el ojal superior del paltó, cámara ladeada y barita de bambú, con la cual se sacude de cuando en cuando el polvo de los pantalones, aunque llueva á cántaros. No tiene oficio, ni ortografía, ni sentido común.

## II

El *irresistible* político es un muchacho escéptico, á quien han puesto así lecturas demasiado fuertes para su cerebro delicado.

Habla uno con él, y le satura de pesimismo. Si se le discute algo, si no se conviene en todo lo que él dice, se pone furioso; y llama á uno adulador, gobiernero; mal patriota, como quien dice.

Es un *redentor* insoportable.

En el hogar, cuasi siempre sencillo y modesto, predominan sus ideas; y ha logrado que su

madre (una señora que antes no se metía con nadie) se convierta en una jamona que no sabe sino hablar de política, ver un ladrón en todo empleado público y presagiar guerras civiles y terremotos oficiales.

El que quiera ponerse triste y preocuparse seriamente por el porvenir de la Patria, que haga una visita al hogar del *irresistible* político. Lo que es yo, siempre voy allá, como tenga que dar algún pésame.

Este *irresistible* que fue un buen cristiano hasta hace poco, ahora no crée en Dios ni en la Virgen, ni en la virtud de los hombres públicos, ni en las administraciones honradas, (en lo cual anda cuasi cuasi en lo cierto) ; y se pasa las horas muertas clamando por un 93, que no deje piedra sobre piedra.

Quiere el progreso á fuego y sangre.

De este grupo de *irresistibles* fue que salió, en tiempos pasados, el famoso Guillermo Pérez, que se alzaba cuando no tenía una *locha* ; lo que sale hoy de allí es la carne fresca con que se alimenta la Rotunda (muy señora mía.)

El *irresistible* político es incapaz de escribir una carta amorosa, una necrologia, un soneto : ahí no está en carácter ; lo que él sabe escribir son manifiestos y proclamas, con muchos puntos suspensivos y muchos abajos y mueras. Es enemigo personal del comisario de la manzana, del jefe civil de la

Parroquia y del Gobernador. Para darse más importancia dice que el Presidente de la República no lo puede ver ni en pintura.

El gusto de este muchacho consiste en hacerse meter en la cárcel cada quince días; y tiene á su madre tan acostumbrada á las emociones fuertes, que cuando sale á la calle y la cariñosa mamá le pregunta:

—¿Te espero á comer, Macabeo?

Contesta él.

—Yo no sé mamá: eso depende del Gobierno.

Cuando ustedes hallen por allí á un mozo de mirar agresivo, el sombrero cuasi en la nuca, los puños cerrados como en actitud de atropellar los transeuntes, desconocer el orden social y meterle tamaño cachete á las instituciones federales, descúbranse y ofrézcanle la acera, que ahí vá, debajo de aquella *cámara* humilde el genio de la guerra civil venidera, el futuro salvador de la Patria.

## III

El *irresestible* escritor es el terror de los periodistas y de la gramática.

A los primeros no los deja á sol ni á sombra: á la segunda la atropella en prosa y en verso. También suele escribir discursos, y luégo los afloja como improvisados, en la primera sociedad benéfica que halla al paso. Su desgracia consiste en que,

cuanto asalta la tribuna y levanta aquella su vocesita de pollo empezando á hacer la rueda, recibe siempre, sin discusión, una silba monumental. A veces la cosa ha revestido caractéres tan alarmantes que ha llovido sobre el principiante tribuno pedradas y limonazos. Pero él no se corrije, y anda con frecuencia á caza de auditorios benévolos.

Este *irresistible* lo primero que desflora es el seudónimo; porque tiene él como insigne vulgaridad eso de firmar sus cosas literarias con su nombre de pila; y guarda tan herméticamente el incógnito, que, cuando nadie se ocupa de tomar lenguas sobre su nombre de combate, lo publica él á los cuatro vientos.

Los géneros literarios favoritos de este *irresistible* son: en prosa, necrologias y bienvenidas, y en verso, sonetos y acrósticos.

Con la misma mano que mata, saluda.

El *irresistible* escritor se sulfura cuando le publican alguna cosa suya como *remitido ó comunicado*; y es éste motivo suficiente para escribir una carta (sin ortografía) insultando al periodista que tuvo tal audacia.

En las redacciones de los periódicos se le tiene un miedo cerval á este tipo; y cuando va por ahí se le recibe muy mal, si es que lo reciben, que á veces le dan con las puertas en las narices.

Este mozo dsscuida mucho su traje; cuasi nun-

ca se peina, ni se lava la cara, ni se corta el pelo, ni se afeita; crée que la suciedad es la primera condición del escritor público; y carga siempre los bolsillos del paltó llenos de manuscritos, los cuales salen de aquellas profundidades en cualquiera esquina en que se halle con alguna víctima.

Este *irresistible* dice á quien tenga el humor de oirle: que los envidiosos no le dejan vivir; que á él se le dan tres pitos de los críticos vulgares; pero que está ya tan cansado de llevar palo por la prensa que se va á ir de este país iliterato, donde el genio está condenado á comer caraotas y plátanos fritos, cuando come.

Entre estos grupos de *irresistibles* se está esbozando un nuevo tipo: cierto mocoso desvergonzado, que bebe como un sargento y brinda en los botiquines á la salud de Caserio Santo. Aún está en capullo: pero ya se le oye hablar de explosiones y de asesinatos presidenciales.

Cuando este muchacho crezca, se desarrolle y se le endurezcan las muñecas, me lo avisan, que me voy á domiciliar en Patagonia.

Allá no hay *irresistibles*, ni anarquistas, ni cuestión económica, ni contratos, ni botiquines, ni periódicos; y si se lo comen á uno asadito y sin sal, es con buenas maneras. La educación sobre todo.

1894.



# LA POLLINA

Lo que es Guarola se la arregla y acicala con mucho gusto.

La usa negra, pero de un negro atrevido, que duda uno de que sea comprado en la botica.

Como él tiene la frente de banquero le cuadra muy bien.

Desde que conocí á Guarola le cobré afecto á la pollina.

Peinado marcial es—me dije—ya que no lo desdeña un soldado que ha sido Ministro y Presidente de la República en mantillas, por no usar el vocablo "candidato" que anda por el suelo, de puro estrafalario y vulgar.

Y desde entonces, desde que conocí á Guaroba, así, de pasada, ni Cristo fué más allá de la Cruz, ni la pollina se me apea de la frente.

En esto de peinados he cometido los anacronismos más insolentes; pues me ha pasado que cuando todos los varones estaban usando el que se llamó *flor de parcha*, yo usaba el llamado *aguacate*, y cuando vine á usar aquél, estaba en su furor la *pluma*, que tenía mucho de nazareno, por la melena y la carrera, que empezaba en la masa encefálica y acababa en la raiz del cogote, convirtiendo el centro de las cabezas en un camino real.

Y no lo extrañen ustedes en mí, conozco una señora mayor, que en lugar de peinarse el *abandono*, que es lo que demanda su estado, años é inclinaciones, usa moño alto, con pollina, bucles, crespos y unas rosquitas en las sienes, que no hay más que pedir.

Y conozco una muchacha de no mal parecer, á la cual nadie saca de las clinejas lisas y llanas, sin más adorno que su modestia y sus quince años.

Así como el corsé está obligado á no desaparecer, porque siempre habrá espaldas y estómagos que traer á buena cuenta, la pollina vivirá toda una eternidad, á pesar de las protestas de los calvos.

Se pinta, como una alcahueta, para eso de ocultar un desperfecto.

Tiene usted una mancha en la frente, de origen bilioso, ó *non sancto*, ó de lo que sea, déjela us-

ted de cuenta de la pollina, que ella se encargará de decir al público que allí lo que hay es un montoncito de cabellos tirados hacia fuera con sal y con gracia.

Tiene usted un lobanillo que ya quiere ser torre, por las dimenciones, pues no se cuide usted de él, que para eso de taparlo está ahí la pollina, á la cual no faltará un crespo suelto que trate de empelar al morro, embelleciéndolo.

Y pasa lo mismo con las cicatrices y con los diviesos que le salen á uno, á entradas de agua.

Así como detrás de un cerro hay un llano, siempre detrás de una pollina se oculta alguna cosa que no es para vista al natural.

De mí sé decir que no veo nunca sin escama esas pollinas que se salen de madre.

¿ Qué habrá detrás ? me pregunto siempre que hallo una de esas por ahí.

Por eso digo que la pollina durará una eternidad. Se presta para vender gato por liebre, como ustedes no tienen una idea.

En esto de pollinas, como en todo, hay variedad de gustos. Conozco personas que se derriten por una crespa; y á otras que se les agua la boca por una lisa.

Cierto amigo mío se pirra por una de esas que parecen fabricadas con lana de tambor, negro humo y manteca de res.

gar en un asilo de penas, dolores y cavilaciones. Luégo pide usted agua por el agujero de la llave, se la sumistran por medio de una visitadora, calma usted la sed, y su señora, que desea saber la causa por qué está usted de aquel modo, le pregunta:

—¿Qué te sucede Natalio?

—¿Que qué me sucede—responde usted con una voz de disfrazado–A estas horas me busca la policía como palito de romero, y el telégrafo trasmite á toda la República mis señales fisonómicas, no vaya á ser cosa que yo revolucione algún Estado.

—Pero, Natalio, ¡por el amor de Dios! quién te mete á tí en conspiraciones?

—A mí? nadie, mujer; ni yo conspiro, ni Cristo que lo fundó. Yo lo que soy es un desgraciado. Suponte tú que escribo un artículo en *El Trueno* de anoche, un artículo de política general, pero manso, sesudo y juicioso, si jamás los hubo; y esta mañana, en una revista de la prensa que publica *El Tuqueque*, mi amigo, el redactor de este diario, analiza mi artículo y dice que ha hallado en él un millón de alusiones personales, otro de propósitos subversivos del orden público, muchos epigramas antiministeriales, en fin, la mar de tendencias revolucionarias. Es una interpretación que me ha partido por toda la cintura.... Lo dicho: soy un desgraciado....!

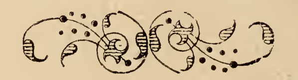
Pasa usted así ocho dias; se cansa la señora de tenerle á usted encerrado; le hace falta á sus

hijos la fuerza que usted dedica á buscarles el sustento; se convence usted luégo de que el gobierno no es tan tonto para ocuparse de simplezas, y sale usted á la calle furioso contra quien quiso hacerle hombre célebre haciéndole meter en la cárcel.

Así son generalmente las interpretaciones, análisis y los juicios que ahora se estilan.

Es el cuento de los gatos ensacados de Mandevil. "¡ Hum ! el saco se mueve, dentro de él hay alguna cosa viva." Lo que parodian los interpretadores así: "¡ hum ! ya usted ve este editorialito tan cuco, tan mono, tan dulce, que parece un terrón de azúcar; pues no sabe usted lo que tiene en las entrañas: allá dentro vibra Hércules la clava poderosa y está el Cotopaxi en ignición...."

¡ Dios mío, no te pido villas ni castillos, lo único que te ruego es que no me interpreten, ni me analicen, ni me traduzcan, aunque me quede hombre oscuro por todos los siglos de los siglos, amén !



# ¡CESANTE!

Lo estaré del primero de enero en adelante, si Dios no dispone otra cosa.

Hago esta confesión con el dolor propio de un hombre que desde que tuvo razón política, no ha tenido otra profesión que vivir del presupuesto.

Vosotros, los que habéis tenido el gusto de pasar un recibo cada quince días, por hacer nada, comprenderéis la intensidad de mi dolor.

De mis compañeros de infortunio, muchos se van al Tuy á comer ensaladas de gamelote, otros se harán meter en la cárcel para tener *rancho* y al-

bergue seguros, algunos más hábiles, se han *tapado*, como hacen los galleros *pichirres*, por lo que *potes contíngeres*, y sólo yo, baturro desgraciado, provincianillo enclenque, escritorzuelo de tres al cuatro, calloso de segundo orden, (porque Sederstrong es el abanderado del género) quedo rodando por el piélago inmenso del vacío.

Pero me la van á pagar.

Un cesante es un can hidrófobo.

Es el monarca de las fieras, como dijo el maestro Bello á otro menos apropiado respecto.

¡ Me voy á alzar ! y guárdenme el secreto, no vayan á zamparme en la cárcel antes de conseguir fusiles, plomo y redactar la proclama guerrera. Como yo aspiro á que este documento pase á la historia, como las alocuciones de Patiño y Sotillo, empezaré diciendo en él lo siguiente : " Conciudadanos : He sido víctima del más negro de los vilipendios. Yo me venía deleitando, no hace mucho tiempo, con un pequeño biberón que mi partido me había puesto en la boca, y hoy ese mismo partido no solamente me ha arrebatado la mamila, sino que si no me avispo también me arrebata mi quijada, y todo en nombre del funesto principio de la alternabilidad republicana. Aquí el atentado! Yo no estoy *tibio* porque me hayan quitado el empleo, lo que me tiene ebrio de furor es que me hayan querido cortar los órganos con que manejo el tetero, como querién-

dome inutilizar para todos los *mameos* del porvenir. Como comprenderéis esta ofensa no tiene nombre y os invito á vengarme del modo más ruidoso. Haremos una revolución local al estilo de aquellas que fraguaba Guillermo Pérez, y le pondremos al gobierno las peras á cuarto." Y seguirá en esa forma mi proclama hasta llegar á los vivas al Gobierno Nacional, no vayan á creer en Caracas que pienso echar un topo á todos.

Un hombre digno me decía ayer, un tipo que tengo destinado para capitán de una compañía, me decía: " yo pienso lo mismo que usted: yo soy un hombre honrado; yo no le acepto á este gobierno un empleo mientras no me lo dé: palabra de honor." Y lo hará como lo dice, porque mi capitán es un hombre digno, verdaderamente.

Dentro de poco estaré, pues, de nuevo en el Capitolio; y no se lo deberé más que á mi virgen espada y á mi valor anónimo.

Hum! ¿con los cesantes? amistad y gracia.

La Victoria: 1891.



# LA MABITA

Este animal, que pongo á disposición de mis lectores para lo que quieran mandarle, no ha sido analizado por Pasteur, quien se ha llenado de virus rábido hasta los bigotes, ni por Ferrán, el cual ha jugado al espadón con el cólera. La mabita, según mis observaciones *empíricas*, es un microbio negro, engendrado por el *mayén* y la mala ventura, el cual microbio háse escapado á la penetración y análisis de aquellos grandes profesores.

Verdad es que la mabita no viaja por el aire ni es conducida por el viento como sus colegas

del Ganges y de Cuba; pero que existe y que es más perjudicial que el cólera y el vómito negro, es cosa sobre la cual no abrigo un gerónimo de duda.

La mabita, científicamente considerada, es un animal pitagórico; y quien dice pitagórico, dice metensíquico, con permiso de los titulares y correspondientes, ó transformable, y esto sin la venia de nadie.

Por estas condiciones especialísimas de su naturaleza, la mabita puede llegar á ser todo. Para ello bástale *encarnarse* en un objeto, un animal ó un hombre; y ésta, hablando en términos generales, y de la cual trataré particularmente en este artículo, es una de sus más terribles *encarnaciones*.

La caja de Pandora, Don Jaime el de las calderas, Felipe el Hermoso, Boves, el tirano Aguirre, el mismo diablo de Carora, son niños de pecho, seres inofensivos, comparados con el hombre-mabita,

Si se embarca, naufraga.

Si anda en ferrocarril, éste se descarrila, choca con otro, ó, cuando menos, hay algún derrumbe serio en la vía.

Si en coche, se vuelca.

Si en carro, se atasca.

Si á caballo, la bestia se desloma, ó se va de manos cuando menos.

Y si se hospeda en alguna posada, más le valiera al patrón poner un *mapurite* á las puertas de su establecimiento, porque los viajeros pasarán de largo como si en su vida se hubieran dejado descuartizar.

Una vez el hombre–mabita se hizo revolucionario, y la revolución se la llevó la trampa; luégo se metió á sostener al gobierno, y el gobierno se *tumbó* él mismo por el gusto de no darle un empleo.

Las gallinas que cantan como gallo, las mariposas negras, los cometas, los tucuzos de montaña, los eclipses, las caídas, lámparas ó espejos que se quiebren, la sal ó el aceite que se botan ó se derraman sobre la mesa, con otras tantas historias, inventadas por la fantasía popular, son antiguallas de tres al cuarto comparadas con el hombre–mabita. Él, cuando no portador, es nuncio de todo lo malo.

Si va á una casa de comercio ese día llueven sobre su dueño los cobros, los fiados, las rifas, las contribuciones y las limosnas, menos los marchantes.

Si á la botica, ese día no hay sino recetas de pobres de solemnidad.

Si á la iglesia, no hay bautismos en seis meses ni matrimonios en buenos años.

Si donde el médico, la salubridad pública será admirable: nadie enfermará ni de catarro.

Y si se acerca á un monte de dados y apunta á los *asares* viene la *suerte*, y viceversa si se apunta en ésta.

Y no vengamos con que estas cosas son preocupaciones del pueblo; la mabita existe y existe en la historia, en el tiempo y en el espacio.

La manzana del paraíso fué la mabita de Eva, y ésta la de Adán. Una quijada de burro fue la mabita de Abel, y un ojo más grande que una *arepa*, fue la mabita de Caín.

Aristóteles habla de su *mal genio*, á lo cual dá él el nombre de entelequia; ¿y quién no ve en esta entelequia la mabita del padre de la filosofía?

Aquel tipo de Cabrión tan bien delineado por Eugenio Sue; aquel Cabrión que es la sombra, la mosca negra del pobre Pipelet, es un tipo universal. Es el obstáculo que se presenta á cada paso al hombre en las luchas por la existencia, por el laurel guerrero ó por la gloria literaria. Ese obstáculo se llama una fiebre para Alejandro; para Pompeyo, César; para César, Bruto; para Antonio, Augusto; para Augusto, Jesús; para Jesús, Judas......Pero volvamos al hombre-mabita y dejémonos de historias.

Como el diablo á la cruz, toda alma nacida le huye.

Parece que lleva escrito en la frente, el "aquí muere toda esperanza" del Dante.

No se le puede dar ni la mano. Una vez se la dió uno, y dos horas después tenia una puntada asiática en la muñeca, de resultas de la cual quedó manco.

Y no es exageración. Una tarde un amigo mío se dejó poner la mano en la espalda con un hombre-mabita, y en la noche lo picó un alacrán en el mismo punto.

Hará cosa de quince días estaba un caballero jugando golfo en el Club Bolívar, y ganaba ya como doscientos pesos. A poco se le sentó al lado un caballero á verlo *ligar*, y en dos *manos* perdió el resto. El caballero se volteó de muy mal modo y le dijo: "Toribito, tú has visto ganar alguna vez?" El hombre-mabita no contestó ni una palabra y se largó con su *mayén* á otra parte.

Yo no diré como es, ni me detendré á hacer su retrato; pero que existe el hombre-mabita, [y Dios libre al lector y mí de encontrarle], es cosa que tengo bien averiguada.

Villa de Cura: 1888.

# ¡ MAYO !

Un cura socaliñero
decia para su sayo,
que los velorios de mayo
son bautismos en enero.

Llegó el mes de las *carreritas* y de los velorios.

Más de lo primero que de lo segundo; porque si es verdad que las *carreritas* están en su apogeo desde el día primero, de los velorios no he tenido aún noticias. Parece que se van acabando como el rosario de La Soledad.

¡Cosas de los hombres!

Pero como las *carreritas* son obras de la naturaleza, perdurarán á pesar de la higiene, los ácidos, las inyecciones de concha de guayaba agria y los polvos de Dower.

Ve usted rostros por ahí que dan lástima.

Lo que es los colores pálidos, las ojeras negras, los ojos profundos y las bocas aguadas, están á la orden del día.

Los barrigones bailan en una sóla pata de contento, porque llegó el mes del rebajo, pero lo que es los flacos ponen el grito en el cielo, porque las cosas van tomando proporciones insoportables.

Hay mozos que han pasado tarjetas á sus conocimientos, participándoles que suspenden por ahora sus visitas, sin decir la causa, y dando lugar, por tanto, á sospechas, que arrancan, cuando menos, una sonrisa indiscreta.

Hay muchachas que no se asoman á la ventana desde el día último de abril; y topa usted ancianas en la calle que andan con la mano zurda en el estómago, con la derecha teniéndose el pañolón y quejándose de un modo que parte el alma.

Pérez Escrich, que se pirra por decir tonterías, llamó á mayo el mes de las flores, de los vencejos, de los trigueros y de los espárragos; y agregó que el cielo sonríe en este mes y la tierra se lava la cara y se peina, en lo cual tres

verdades, á saber: la fisiológica, la astronómica y la geológica, se están dando de cachetes, y lo que es la retórica tampoco sale mejor librada.

Lozano, á quien no le daba el naipe sino para eso de llorar á moco tendido, llamó á mayo verde, sin duda por ironía, pues ya se sabe que los viejos de este color padecen de despeños biliosos; y conozco á un poeta nuevecito que va siguiéndole la pista á Larmig, aunque nunca le pisará el coturno, y de cuyo nombre no puedo acordarme, que llamó á mayo el mes de María.

Caballeros del plectro de oro, mayo puede ser todo lo que ustedes quieran, menos un mes decente; mayo lo que está pidiendo en mi concepto es un Barctrina que le dé una buena solfa y lo apée de esa altura en que le ha montado una escuela poética que no supone ni llamar las cosas por su nombre.

Si yo tuviera la firme intención de morirme de hambre, echaría una entrada por los campos de la poesía, nada más que por darme el gusto de decirle cuatro frescas á mayo.

Trataría de ejecutar una oda que empezase diciendo:

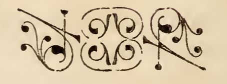
"¡Oh tú, el mes sin segundo
en eso de dolores de barriga!
Yo no sé que te diga
que fuera como tú bastante inmundo."

Lo peor del caso es que, cuando las perso-

nas son acometidas de la endemoniada enfermedad particularísima de mayo, se vuelven menos francas—Como que les dá pena decir que están de *carreritas*—Las muchachas llevan tan allá esta falta de franqueza que se ponen parchos en las sienes, como si el mal anduviera por alli....!

Lo que es yo escribo este artículo en paños menores y con una cara que parece que me acabo de comer un limón agrio. A mis acreedores, que no se les ocurra visitarme en este mes, porque se van á llevar una......buena......Estoy de la vista de Judas, y lo que es el cuarto en que vivo......hum! mejor es no meneallo.

La Victoria: 1891.



# UNA PIEL ROJA

---

En San Antonio, Municipio del Distrito Guaicaipuro, ha aparecido una ciudadana de la raza esa que tan buenas cosas inspiró á Gustavo Aimard.

Ustedes no lo van á creer porque tienen la mejor idea de nuestras mujeres y las suponen unos angelitos de Dios.

Pero cuando sepan que Eugenia Acevedo le dió dos buenos hachazos al memo de su marido, el día 10 de marzo, á las once de la mañana, van á decir: vamos, hombre, si la mujer es piel roja de verdad.

No se tienen detalles precisos de como pasó el desaguisado, pero lo positivo es que el bolonio de Pedro Bello, está abierto como una patilla y que la que fue su compañera de lecho, la tenemos ahí en la cárcel para muestra de como se maneja ese instrumento que todo el mundo creía que no servia sino para cortar leña.

Los hombres debieran tener mucho cuidado en esto de elegir esposas, porque las tales suelen convertirse en fieras cuando le miran á uno la oreja blanca.

Y de seguro que así deberá de tenerlas el compadre Pedro, á quien una desgracia conyugal ha convertido en cedro.

No negaré yo que la Eugenia sea mujer de arranques y de bríos; pero señora, esas cualidades ha debido usted reservarlas para cuando tuviéramos que ir al Amacuro, donde hay ingleses que parecen unos mismos apamates.

¡Buenos destrozos que haría la patriótica hacha de usted en los apamates, digo, en los ingleses de que la he hablado!

Sin embargo, creo yo que usted no durará mucho donde la tenemos ahora, porque tiene usted en su favor muchas circunstancias atenuantes, á saber: su valor, su sexo, aunque usted tira más á los pantalones que á las enaguas, y en fin, que estaría usted del Bello hasta la coronilla.

También la favorece á usted mucho la cir-

cunstancia de haberle dado dos hachazos á su Pedro; porque eso significa que no tenía con uno, y el Juez tiene que convenir en que demasiado generosa fué usted no proninándole siquiera media docena.

Hay maridos groseros hasta para eso de aguantar golpes, lo cual, francamente, no tiene ninguna gracia.

Lo que es yo haré todo lo posible porque Eugenia Acevedo salga lo más presto de la cárcel, porque me encantan las mujeres bravas y de pelo en pecho. Aunque se *tibie* la vindicta pública.

En cuanto á Pedro Bello le deseo que sane lijero de sus heridas, y que contraiga segundas nupcias, si la Eugenia la emprende para el otro barrio.

En la cuestión matrimonio, la reincidencia es de lo más agradable; y ya se sabe que Pedro Bello tiene buen ojo y golpe de vista admirable.

¡ Ojalá que la otra no le vaya á sacar las tripas!

Entonces si que no podrá repetir.



# LAS TARJETAS

Tenga Dios gozando de la bienaventuranza eterna al ingenio feliz que inventó las tarjetas, si hubiere muerto, que no lo tengo bien averiguado!

En mi concepto ese hombre debía de tener una estatua en cada pueblo, un busto en cada oficina pública, y medallas, inscripciones y monumentos que le recordasen hasta el día del Apocalipsis.

Ese hombre es acreedor á la justicia de la humanidad. Su invención es superior al rewólver y la dinamita, cuya utilidad es indiscutible, digan lo que quieran los hombres pacíficos.

Porque tengo para mí que una tarjeta bien dirigida hace más estragos que una cápsula del primero y un cartucho de la segunda.

Hay personas que se sienten incompletas el día que les falta el cartoncito blanco que lleva impreso su nombre de pila y de combate.

Las tarjetas han llegado á ser prendas de uso obligado, aún más necesarias que la ropa interior.

Hoy se las considera como armas ofensivas y defensivas.

Quien no carga aunque sea una en el bolsillo del paltó, es un ño nadie, por no decir otra cosa menos decente.

La tarjeta se necesita para todo.

¿Nace usted? Pues sus padres están en la obligación de ofrecerlo á usted, en su calidad de retoño, al vecindario; y este ofrecimiento se hace por medio de la indiscutible tarjeta impresa, redactada con mucha seriedad y poca gramática. Antaño, la *sirvienta de adentro* era quien llevaba la buena nueva á los cariñosos vecinos, á quienes espetaba, con muy buenos modos, la frase consagrada de "que cuenten ustedes con un servidor más."

Ogaño, la tarjeta se encarga de regar la fausta noticia por el mundo.

¿Lo bautizan á usted? Pues allá va el recuerdo de ese día tan feliz, impreso en cromi-

tos deliciosos, llenos de figuras alusivas al acto—como dicen los revisteros de las fiestas benéficas—con su *medio* pegado con goma en la parte superior de la tarjeta, fecha clásica del suceso y grado y nombre de los padrinos.

Antes, cuando éramos menos civilizados que ahora, ó menos tontos, el recuerdo del bautizo lo constituía un *medio* agujereado, ensartado en dos pulgadas de cinta de á *cuartillo* la vara.

La cultura moderna ha probado que eso del *medio* encintado era cursi, cuando menos.

¿Se compromete usted? Pues las tarjetas de los padres de usted y de su novia se encargarán de avisar al mundo que se está incubando un casorio.

¿Se casa usted? Allá va, en seguida, el triple anuncio de los padres del matrimonio y el de los contrayentes, ofreciéndolos y ofreciéndose "en su nuevo estado," que no sé porque lo llaman así, habiendo tanta frase castellana que sirve á maravilla para significar gráficamente cualquiera gran desgracia.

¿Se enferma usted, y es hombre público ó de posibles, términos sinónimos en Venezuela? Pues se le llena la casa de tarjetas de pico doblado.

¿Llega el día de su santo? Pues aguarde usted el millón de parabienes impresos en cartón blanco.

¿ Se muere usted ? Pues tarjetas de luto para invitar á la inhumación de su cadáver, y luégo que se prepare la familia á desocupar un lugarcito propio para depositar las tarjetas de pésame.

La tarjeta ha dado á luz muchas cosas buenas : á ella se debe el sablazo fino, que no tiene quite ni *tapa*; la recomendación de cuatro líneas, que á nada compromete; la cuelga límpia y pelada, que cuesta cosa de dos centavos, el sobre inclusive; el pretexto que sirve para saludar á una persona á quien no se conoce; la vanidad de verse en letras de molde, por dos reales, que es el precio de 25 tarjetas hechas al minuto; y la muerte, en fin, y el entierro de la tradicional cortesía latino-americana, hermosa herencia de nuestros hidalgos mayores.

Ejemplos al canto.

Escribe usted á un personaje diciéndole que tiene usted el estómago pegado del espinazo ; y á la semana, cuando no á los quince días, le pone él una tarjeta en que le dice : " que ha recibido su carta, de la cual ha tomado la debida nota."

¿ Felicita usted ? Lo arreglan con un " con su gratitud," debajo de un nombre más ó menos célebre.

¿ Da usted el pésame á alguna persona ? Espere luégo el consabido " con su agradecimiento."

Y es cosa corriente y usual saludarlo á uno

"con ocasión" de pegarle un mordizco.

¿Qué diría Don Quijote á todo esto, la flor y nata de la cortesía, si viviera, él que era tan comedido y tan práctico en achaques caballerescos y urbanos?

No hace muchos días recibí una tarjeta en estos términos: "Limpio Perpetuo saluda á su amigo y colega Rafael Bolívar, con ocasión de pedirle dos fuertes prestados." La fecha, y más nada.

Cojí una tarjeta mía—porque yo también esgrimo esa arma—y contesté aquella agresión en estos términos: "Rafael Bolívar saluda á su amigo y colega Limpio Perpetuo, con ocasión de no prestarle los dos fuertes que le pide." La fecha, y en paz.

No odio las tarjetas, porque les concedo una utilidad relativa; pero sí le tengo ojeriza marroquí á ese brutal "con ocasión," hijo de algún cínico desvergonzado y sin letras, mal educado, y con más concha que el jobo dulce.

El que me venga á saludar "con ocasión" de morderme, pierde su tiempo.

Lo dicho, Comendador, como dice Don Juan Tenorio.

Caracas: 1895.



# LA CANDELARIA

Donde está la Candelaria no hay Jesucristo que valga, suelen decir los isleños.

Yo no sé si la garrida virgen de las Islas Canarias será capaz de acorralar al divino Nazareno; pero si digo que la Candelaria de Turmero pone en barajas á todos los hijos del Aragua, al llegar el día de sus días.

Dígalo yo que *corrí mi buen trueno* en la patria de los lairenes, los limones dulces y las indias gordas.

Porque para fiestas nosotros, los que nacimos de Guayas para acá.

Parece que este sol, este cielo y estos aromas de los aragüeños valles convidan á uno á divertirse más de lo regular.

Pero es también que la fiesta de Turmero tiene una reputación continental.

Su fama vuela por el orbe, y no en humo como la de los cigarrillos caraqueños, sino con mucho ruido y mucha zandunga.

Desde Maracay, que es la patria de las frutas, hasta Camatagua, que es la tierra de las piedras azules y de las mulas de casco duro; des de Villa de Cura, que es la tierra del buen humor, hasta el Consejo, patria clásica del tabaco cura seca, no hay aragüeño que no coja vía de Turmero terminándose el primer mes del año.

Aquel pueblo de suyo silencioso y tranquilo, conviértese por tres días en una feria.

Del primero al 5 de febrero, Turmero tiene el aspecto de una gran ciudad.

Allá fuí, pues, este año, á sacudir el cuerpo, á atiborrarme de lairenes y limones dulces, á ver los fuegos de los Olmo, á oír el sermón del padre Portillo, á darle otro vistazo al famoso manto de la Candelaria, á perder quince pesos en los gallos, á ver torear á Pastrana, á estrechar manos amigas y á meterme un quintal de polvo en los pulmones, que, según expresión de mi mujer, ninguna falta me hacía, y creo que tiene razón.

Si yo fuera revistero oficial, hace tiempo que les hubiera hablado del programa de la fiesta, y habría agregado la coletilla de que se cumplió en todes sus partes; pero como no lo soy, pues que *La Voz de Miranda* no me dá un centavo por mis cuartillas, resultando á veces que soy yo quien paga, por la vanidad costosa y pueril de verme en letras de molde, en lo cual me pasa como á un médico amigo mío que paga por recetar, tengan por sabido que la fiesta quedó muy buena, echen por los campos de la imaginación y santas pascuas.

Les diré, sin embargo, que los Olmo se refinan en la pirotécnica; que se lucieron en los árboles de fuego que presentaron en los tres días de regocijo; que la fiesta religiosa fue suntuosa y solemne y que el sermón del padre Portillo le produjo á él cien pesos y á mí el gusto de oirle.

Aquí me interrumpo y propongo que se ponga una patente á los sermones caros. Es éste un ramo sin explotar que puede dar buenos proventos á las rentas municipales. Es una lástima que la comisión de la Legislatura que contestó las Memorias de los Concejos, no dijese nada sobre el particular.

Lo lamento y sigo.

En cuanto á gallos y toros, empiezo por jurar que primero me ahorcarán, que jugar un cen-

tavo á ningún hijo de gallina. Me arrancan este juramento los bonitos quince pesos, ganados con mi sudor y mi trabajo, que perdí en el en un tiempo famoso gallo gallino negro, media pluma, ojo paraparo, de La Victoria, hijo de una fiera de Mayagüez y una terrible gallina de Barbacoas, si no mienten las historias y los documentos del caso.

Pero bien merecido me lo tengo. Me llenaron la cabeza con la legendaria hoja de servicios del gallino y me metí á *dar de al doce*, como si yo fuera muy competente y muy *chivato* en la materia. Está visto que yo no debo *dar* sino *cojer*.

¡A buena hora vine á descubrirlo!

En el primer día de toros, se lidiaron ocho de Tocorón, siete de ellos de buena lámina, y uno sato, muy joven, de pocas libras, volantón, pero sin muchos bríos. De los siete restantes no salieron más que tres buenos, sobre todo el quinto, que levantó la corrida, y que era un toro lebruno de buena estampa, valiente, que en traba con muchos brios á la capa y dió qué hacer á los diestros.

En esta corrida se lució Cigarrón II, quien demuestra muchas aptitudes para el toreo, supliendo con arrojo lo que le falta de arte.

Pastrana estaba esa tarde dándose humos de General en Jefe. Si capeaba, lo hacía con un

desdén y un aire de protección que parecía que nos estaba pagando porque le viéramos torear.

En resúmen, no hizo cosa alguna digna de su reputación; y el soberano que no se anda con tapujos, lo bautizó ese día con el epíteto de el cura, que le cuadró muy bien por la solemnidad con que se paseaba por el circo.



# ALOCUCION ELECIONARIA

## RAFAEL BOLIVAR

A SUS CONCIUDADANOS DEL ESTADO MIRANDA

Os aviso recibo de vuestras numerosas epístolas, en las cuales os apresuráis á manifestarme que me daréis vuestros votos para Presidente del Estado Miranda.

Recibir esas cartas y creer que todos merecéis un encierro en Los Teques, con una que otra caricia de Telmo, fue todo uno.

¡Pero caballeros de las cuatro Secciones, si yo no soy Diputado!

¡Si apénas soy un periodista de á tres por bolívar!

Y es mucho.

Verdad es que no me sobra talento, no he derramado mi sangre en los campos de batalla en defensa de nada, no me falta un poquillo de mala intención y sabe Dios que ardo en deseos de redondear una fortunilla, que no me cueste quebradero alguno de cabeza; pero todo eso, que es mérito suficiente para aspirar á gobernaros con la ley y las garantías ciudadanas bajo siete llaves, tropiezo con el inconveniente ya apuntado, que pongo muy respetuosamente en vuestro alto conocimiento.

Ya sé yo que este obstáculo le podéis allanar vosotros con una revolución local, al estilo de aquellas que fraguaba el compadre Natividad Suárez, y al grito de "¡Viva la patria! ¡Abajo la propiedad particular y las Instituciones suizas!"

Pero como yo soy un hombre civil, ya entrado en años, y á quien los trabajos, los días turbios y las noches toledanas han aflojado los calzones, os suplico que me aviséis con tiempo por si resolvéis tirar esa *paraulata*, para tomar mis medidas y ver los toros desde la empaliza-

da; que es el *summun* de la comodidad en esto de revoluciones y trapisondas eleccionarias.

Los Legisladores en vista de tamaña presión popular [que ya está remirándose en ella mi patriótico deseo], no tendrán más remedio que irse cada uno para su casa; y yo me haré cargo del *cotarro*, en nombre del derecho de insurrección, ese supremo ideal de los pueblos silenciosos. Me tocará la envidiable honra de abrir de nuevo el ciclo de las revueltas locales, esa quinta esencia de la soberanía popular y de la autonomía del Estado, y os cabrá á vosotros el honor [con galicismo y todo] de haber impuesto vuestra voluntad á tiros, último y solemne argumento de pueblos *echaos patrás.*

¡Espectáculo raro será ése que presenta un periodista, que, sin haber dado en su vida un banquete popular, ni una reunión casera, ni pasádole la mano por el lomo á ningún casique de lugar ni muñidor de elecciones, se halla de golpe presidiendo el Estado más importante de la Federación, sin más capital político que su mala intención y su pluma, ni más bienes de fortuna que sus bigotes y sus callos!

¡Conciudadados del Estado!

Si deseáis que yo me eche la llave del sagrario de la iglesia de la capital el año que viene,

avisádmelo con tiempo, para mandar á imprimir el programa de gobierno y el discurso inaugural en dos hojas volantes, y no en una sola, como lo hizo cierto malaventurado Presidente.

Os desea salud y prosperidad

Vuestro inconstitucional candidato,

RAFAEL BOLÍVAR.

La Victoria: setiembre de 1891.



# INTERRUPCION PARLAMENTARIA

Cuando yo tuve aspiraciones á ser Diputado, le cobré un afecto entrañable á la elocuencia tribunicia. Pronunciaba cuasi todas las semanas un discurso benéfico—que es el género que primero explota quien vá derecho para orador;—y cuando se pasaban muchos días sin poder lucir mi nueva entusiasta afición, decía mis peroraciones en el comedor de mi casa. Inoficioso me parece asegurar que la familia me aplaudía locamente y que hacía furor en mi hogar. ¡ Cuántos hombres, oscuros en la calle, son en su casa notabilidades estupendas !

Y al revés sucede otro tanto; pues ya saben ustedes que Napoleón no era grande hombre para su Ayuda de Cámara......

Ustedes no lo van á creer, pero mi primer fracaso tribunicio se lo debo á un burro.

Les referiré este suceso, acá en privado.

Ibamos á dar en mi pueblo un banquete á un Presidente de Estado; yo, como era natural, dadas mis aficiones á la elocuencia, solicité el honor de ofrecer el convite al Magistrado; y preparé un *trompo efectista* para el día de la fiesta, que á mi me parecía monumental y mi familia se lo aprendió de memoria, tanto me lo oyó declamar á grito pelado. Llegó el día de la comilona, la cual se efectuaba en una quinta cercana á mi pueblo. Estaba puesta la mesa á la sombra de unos árboles muy hermosos; y no á mucha distancia de donde nos reunimos los comensales, veíase amarrado un burro guacharaco—inquieto y enamorado como él sólo—propiedad del dueño de la finca.

Llegado el momento del discurso, me puse de pie, saqué el pañuelo, me limpié el sudor, me aclaré el pecho, para que se fijaran en mí, [esto no lo recomienda Cormenín, pero se recomendará en un tratado de elocuencia venezolana que saldrá un día de éstos], y empecé mi arenga; pero aún no iba yo por la mitad de mí *reláfica*,

cuando empieza el burro á rebuznar con acompañamiento como de piano á cuatro manos. No se me oía nadita. El asno ahogó mi palabra. Ante aquella interrupción cuasi parlamentaria, que parecía preparada de antemano por algún enemigo de mis glorias tribunicias, pasaron por mi cara todos los colores del prisma. En las orejas se me podía prender un par de cigarrillos. Si tengo un rewolver á la mano, tiro al burro. aunque después hubiera tenido que pagarlo, ó que tirar á su dueño; pero lo que me hizo caer redondo en la silla, fue esta frase del Presidente:

—Pero, caramba, chico, qué buen colega te has hallado!

Me curé desde entonces de la manía oratoria; y cuando me veo en la precisión de perorar, cuido mucho de no hacerlo donde haya burros....

Fuí Diputado, sin embargo; se colmaron mis aspiraciones y hasta se derramaron también, porque por un discurso de corte maratiano que pronuncié en el Congreso, atrapé tres meses de prisión.

¡ Aquellas oratorias y aquella interrupción asnal no podían traer otro resultado! ¡Lo que mal empieza, mal acaba!

Caracas: 1895.

# CARESTIA

Si no bajan los comestibles, vamos á quedar aviados.

Porque el *papelón* anda por las nubes y una fanega de caraotas, vale un ojo de la cara y parte del cachete.

De modo que si la cosa sigue así y el hambre aprieta, bonitos que andaremos por esas calles de Dios ó de Caracas, descachetados y tuertos.

—¿ Ustedes beben café con leche ?—¿ Sí ?

Pero que felicidad ! como diría Potentini.

Pues yo lo que estoy bebiendo hace tiempo

es café con agua blanca, la cual compra mi patrón á dos reales botella.

Líbreme Dios de querer calumniar á los lecheres, personas á quienes deseo que no les caiga Hípólito encima.

Pero que están vendiendo agua á dos reales el galón, se los puedo probar mañana tempranito, si ustedes tienen en algo la salud.

Nada, que á media botella de leche le ponen otra de agua, y le venden á uno un líquido que no se sabe lo que es, efectivamente. Lo mismo que pasa con *Guarola*.

Échele usted un galgo á la personalidad política del Diputado por Miranda y después dígame francamente, si es agua ó es leche; porque lo que es yo no lo he podido averiguar todavía.

Y miren que sé cosas de mi tierra! ¡Cuándo conozco hasta el palo en que se rasca el padre de mi porquera!

Pero llega á tan alto la picardía humana que ha adulterado hasta la lechuga.

Hoy la tenemos tan delgadita y tan rala, que cualquiera que no tenga buena vista la confunde con gamelote.

Se le parece hasta en lo áspero y en el sabor.

A lo mejor va uno á pedir ensalada y se

le van á presentar con nn pienso. Como si lo estuviera viendo.

Después que he visto esta falsificación no me extraña que le vendan á uno sebo por manteca, agua por leche, maiz quemado y molido por café y guarapo fuerte por ron.

Cualquier día vamos al mercado por papas y nos van á vender terrones envueltos en papel de seda.

Y no sería raro.

Porque el otro día fué una señora á comprar mantequilla á una pulpería que se titula "La Equidad," y le vendieron unto.

Hay datos para escamarse con esto de los comestibles.

Y pasa otro tanto con los licores.

Y algo peor con los medicamentos.

A éste respecto tenía las del diablo de Carora un boticario de Parapara, que vendía á real las papeletitas de almidón, poniéndoles nombre de quinina.

Por eso es que la fiebre paludosa ha hechó tanto estrago en el Guárico; porque el almidón no es capaz de cortar ninguna fiebre.

Ni la eleccionaria, que se corta con cualquier cosa. Hasta con un oficio.

Mucho cuidado con las caraotas negras, no vayan á cambiarlas por algo que desechan los chivos.

# LOS CHUECOS

Así llaman en mi tierra á los malos músicos, que suelen montar á caballo con una sola espuela.

Pero yo he hallado *chuecos* en todos los ramos de la tontería humana: los hay músicos, es verdad, pero también los hay políticos y literarios.

De todos ellos, el más terrible es el *chueco* político, y de ese será de quien trataré particularmente en este artículo.

Primeramente, el *chueco* no se hace: el *chueco* nace; lo mismo que los poetas y las masco-

tas. La única diferencia que existe entre ellos es, que si nacer poeta es una desgracia, nacer *chueco* es una barbaridad.

Mala sombra tiene el *chueco* en todos sentidos. Todo le sale tuerto. Lo mismo que le sucedía al honorable Lorenzo XVII, antes de tener á su lado á Bettina.

Parece que le engendraron en martes, nació en día 13 y le cortó el ombligo una mariposa negra.

Tampoco nace el *chueco* como Dios manda. Cuando no resulta hidrocefálico, es gafo ó anémico, ó le falta un ojo ó una mano, y hay que hacerle á la madre una operación seria para sacar el *chueco* al mundo. Completo y bien conformado no sale ni que lo fabriquen de nuevo; y sus padres que le ven así, y debieran amarle más por lo mismo que es un desgraciado, no crean ustedes que le propinan alimentación sólida y robusta, ni jarabe Dusart, ni Yodotánico; lo que le administran son buenos cachetes, estrujones y pellizcos. Tratan de aligerarle el viaje para el otro barrio. Si el *chueco* se salva de esta—que es caso raro, así como velorio de negro chiquito—entonces le toca su turno al maestro, ó sea á la palmeta y al zurriago. Si sale con vida de estas estrechuras y llega á la edad en que el hombre piensa en adoptar una profe-

sión, no crean ustedes que el *chueco* aspira á ser albañil, carpintero, veterinario, tenedor de libros ó herrero, nó; él lo que quiere ser es músico, y ya en este camino, el instrumento que escoje para su uso particular, es el contrabajo, del cual nadie me negará que una es grosería de madera; si la coje por literato, no será sino decadente; y si por político, se convierte en el *hombre de estado* más enemigo de su patria.

Cuando sus conciudadanos ven claro, el *chueco* ve turbio, ó visiones.

Cuando *todo el mundo* quiere ser liberal, el *chueco* se hace conservador camanejo.

Cuando hay paz octaviana, él no dá una *locha* por la solidez del Gobierno, ni por la estabilidad de las instituciones.

Cuando se habla de Bancos de credito, el *chueco* sostiene por la prensa, contrariando á Carujo y á Vargas, que el mundo es de los maulas.

Cuando se habla de ferrocarriles, el *chueco* dice que son inútiles en los países sin industrias, población, solidez administrativa y sentido común.

Cuand ose trata de inmigración, el *chueco* dice que la inmigración es el clavo del jesuíta, cuando no introduce en nuestras clases populares la levadura del anarquismo y el asalto brutal á las panaderías.

En fin, cuando todos creemos que la patria

se ha salvado por el amor y la virtud de sus hijos: el *chueco* político oye los relinchos del caballo de Atila y siente á Damocles amolando la *guacharaca*.....

Pase el *chueco* músico con su contrabajo á cuestas; pase el *chueco* literario escribiendo barbaridades decadentes, exéjetas, parnasianas ó lo que sean; pero, Dios mío, si en algo me estimas, permita tu misericordia infinita que caiga sobre los *chuecos* políticos un aguacero de masas de trapiche, y no me acuses de mala intención ni de instintos perversos!

Caracas: 1895.

# P. P. C.

Así venían escritas, en una tarjeta de luto, debajo de un nombre célebre, esas tres terribles minúsculas, que sirven de epígrafe á este artículo.

Recibir la tarjeta, no entenderla, y por lo mismo, ponerme á descifrar aquel logogrifo, fue todo uno.

Después de muchas dudas y cavilaciones, me dí una palmada en la frente, corrí á mi cuarto, me puse mi ropa de calle—yo siempre ando en

mi casa en paños menores—me eché fuera del hogar y enderecé á donde vive quien me dirigió la tarjeta—á quien Dios confunda y frían los mismos demonios en aceite de oliva—cuando se muera, que lo que es ahora tiene una salud de burro de italiano en *fondos.*

Al llegar á la cuadra en que mora mi amigo, un ajente de orden público me miró con mucha atención y noté que me siguió muy discretamente, mordiéndose las uñas; pero yo no me dí por notificado porque soy empleado, no tengo porque temerle á ningún policial, y luego se calla por sabido que perro no come perro.

Entré en la casa del amo de la tarjeta, toqué á la puerta y pregunté por él.

—No está aquí, me contestó una voz desde el interior.

—¿Lo podré esperar?—pregunté.

—El no volverá pronto.

—¿No está en la ciudad?

—Partió para Curazao desde ayer.

Me registré el bolsillo, saque la tarjeta y entonces fué cuando me dí cuenta de que lo que yo traducía: *pase por casa*, no era sino esto otro: *parte para Curazao.*

Me despedí de mi incógnito interlocutor, renegando de mi poca práctica en achaque de abre-

viaturas y salí á la calle de no muy buen humor, por supuesto.

Aún no habría andado diez varas, camino de mi hogar, cuando me hizo preso el mismo ajente aquel de marras.

—Eso debe de ser alguna equivocación—le dije muy tranquilamente á mi verdugo—porque yo soy empleado público.

—Eso es lo pior.

—Soy Jefe de la Sección de......

—Más pior, y eche palante y no me comprometa.

Comprendí que con aquel beduino todo argumento era ineficaz; y seguí calle de la amargura, como pueden ustedes imaginarse. Me parecía que tenía en el cerebro todo un almacén de *chicharras*, en pleno mes de marzo.

Llegamos al cuartel de Policía, el ajente que me traía, se secreteó con el Oficial de Guardia y me zamparon en el *Pulguero*, con un empujoncito no muy mediano, aunque lo pongo en diminutivo, por simple orgullo personal.

En aquel cuarto oscuro pensé en el suicidio.

—Este es un *quid pro quo*, una equivocación horrorosa—decía por consolarme.—En cuanto se advierta mi ausencia de la oficina y se sepa que estoy preso por sospechoso, seré puesto en libertad inmediatamente.

Así pasé nueve horas reloj en mano. Allá muy tarde, sentí que abrieron la puerta y ví entrar en mi calabozo á todo el personal de la Prefectura.

—¿Y esto que fue, Bolívar?—me preguntó el Prefecto, que es un mozo muy fino.

—Esto—le contesté.

Y saqué la tarjeta, cuerpo del delito.

—Hoy en la mañana—agregué—recibí esta tarjeta. Como tú ves—yo tuteo al Prefecto—trae esas tres minúsculas escritas debajo del nombre de mi amigo; y como no soy muy fuerte en abreviaturas, ese maldito *p. p. c.* lo traduje así: *pase por casa.* Allá me voy en seguida; y allá sé que el hombre se ha ido para Curazao, que era lo que me quería decir con las tres letras esas: *Fulano de tal, parte para Curazao......*

(Observé que el Prefecto se apretaba la boca.)

—Y al salir á la calle—continúo—soy reducido á prisión por sospechoso. Yo creo que en nada he faltado á mis deberes; pero si efectivamente soy traidor á la Patria, sin yo saberlo, pido que se me fusile sin formación de causa, para escarmiento de los empleados que tengan amigos revolucionarios.

El Prefecto sin poder contener la risa, me dijo lo siguiente:

—Aquí no hay más que uno sólo en error,

y ese eres tú. Esas tres letras minúsculas escritas debajo ó encima del nombre del individuo que dirije la tarjeta, no significan *pase por casa*, ni *parte para Curazao*, esas tres letras corresponden á estas tres frases francesas, POUR PRENDRE CONJÉ, que quieren decir en español, poco más ó menos, lo siguiente: *parte ó se despide con su permiso*. Estás en libertad.

Yo me quedé como quien ve visiones......

Y escribo este artículo para suplicar á mis amigos—ya sean Montescos ó Capuletos—que cuando quieran despedirse de mí lo hagan en español, pues de otro modo no respondo de las consecuencias.

Caracas: 1895.



# LOS MINUCIOSOS

Son personas que están consagradas al cuido y protección de la humanidad.

Tienen el corazón más grande que la cabeza, son un pozo de bondad, se hacen fastidiosas de puro extremar sus afectos; todo lo saben y lo preveen.

El acaso no puede con ellas; y la misma fatalidad—que se reviste siempre de una seriedad brutal para herir al genero humano—las respeta, porque éllas le enmiendan la plana á cada instante......

Los *minuciosos* tienen generalmente la fan-

tasía volcánica y la imaginación voladora; se adelantan á los acontecimientos; ven en lo oscuro, como los gatos; léen en el porvenir con claridad de oráculo; y le forman á uno toda una novela de previsiones en menos del tiempo que necesita para persignarse un cura loco......

En el hogar del *minucioso* todo marcha al pelo. Cada persona de la casa tiene su función determinada, y nadie se atreve á salirse de madre por temor á un berrinche. Allí hay horas para barrer, para limpiar, para comer, para fregar, para dormir la siesta; la comida se arregla de acuerdo con el estado atmosférico, siguiendo un consejo de Franklin; y todo se hace y sucede, en fin, con una regularidad matemática....

En la casa del *minucioso* no se puede ni salir á caballo con tranquilidad, porque aunque el día esté más claro que el canto de un gallo, el *minucioso* le amarra la cobija en el anca y le agrega el indispensable par de bolsones, en que lleva usted sin saberlo, hilas, adhesivo, tafetán inglés, algodón fenicado, percloruro de hierro, bálsamo católico y tintura de árnica, previendo el caso de que el caballo pueda tumbarlo á usted, romperle algún órgano en la caída ó hacerle alguna contusión seria. Hay veces que el *minucioso* se va tan allá en sus previsiones, que le mete también en los bolsones tablillas y venda-

jes, para el caso en que se le quiebre á usted un brazo ó una pierna......

¡Una vez entre mil veces, pasará lo previsto por el *minucioso* respecto del pobre ginete, y me atrevo á jurar que se tirará de los pelos porque no se acordó de meter dentro de los bolsones, ese día funesto, un practicante y un par de muletas!

En este hogar es una mortificación ser uno invitado á comer, porque el *minucioso* se empeña en que no se indijeste uno, y cuando se quisiera de por el amor de Dios un trago de café tinto, ó una copita de crema de cacao, lo que le propinan á uno, de orden superior, es una papeleta de carbonato de soda disuelta en una copa de agua......

Un día, por mis culpas, que son muchas—y no lo digo por alabarme—un día, repito, asistí al banquete que daba un *minucioso*. No negaré que me recibió muy bien; y que él mismo colocó mi sombrero y bastón en sitio en que no podían confundirse con otros. Después se me quedó mirando con ese aire de protección que gastan todos ellos, y me dijo:

—Usted es de temperamento sanguíneo.

—No lo he averiguado—le contesté.

—Se lo conozco en lo abultado de los pómulos y en el rubor de las orejas. Mire, no tome

brandy. Si acaso cerveza nacional, y eso no abuse de ella tampoco, porque dá escorbuto. Evite licores y alimentos fuertes, porque va usted á volar.

Me lucí—dije dentro de mí.

Sentéme á la mesa; y cuando los demás comensales comían *sopa de rabo*, á mí se me daba *caldo con repollo*; cuando á mis demás compañeros se les daba *pescado á la rusa*, á mí me servían *arroz con carne frita;* los demás tomaban vino, yo, agua sin hielo......

***

Si el hombre *minucioso* es terrible, la mujer *minuciosa* es inaguantable; y si es casada, pobre de su marido y de sus hijos. Aquél no puede salir á la calle con mal tiempo, ni asomarse á la ventana si corre viento fresco; y está siempre sometido á un tratamiento más ó menos higiénico. Y á los pobres de los otros, los tiernos renuevos, tanto se les quiere componer y asear, que á la postre vienen á enfermarse, así se les menudea sobre las blandas carnes jabón, agua limpia y fregoteo y así se les mete por dentra todo género de reconstituyentes, aunque los chicos tengan una salud de bronce......

Un día visité el hogar de una *minuciosa*, mujer laboriosa, honesta y honrada como pocas;

y llegué á la casa en momentos en que su marido iba á salír.

La *minuciosa*, en cuanto vió que el marido llegó á la sala, se puso de pie, se le acercó, le compuso la corbata, le estiró la levita, le alisó el bigote, le tanteó los bolsillos y le dijo:

—Te hace falta algo, Gerónimo.

—Qué?—respondió él bruscamente.

—La aguja y el hilo, para el caso en que se te reviente algún botón......

¡Ah, los *minuciosos!*

Caracas: 1895.



# CARTA DE UN CRIOLLO A UN DECADENTE

Yo no lo odio á usted ni á su familia, como insidiosamente le han insinuado y usted ha creído. Yo no tengo odios literarios. No me gusta la *manera literaria* de usted, y lo he dicho lisa y llanamente. Personalmente, usted es muy apreciable, simpático, tiene hasta buena figura; y yo que opino como Ritcher en materias de estética, aunque me esté mal el decirlo, no puedo odiar *porque sí* á un hombre tan bien fabricado. Si tuviera usted las patas de cabra, le daría celos al Baco indio. Físicamente es cuanto pue-

do decir en su elogio. Ahora, lo que es del hombre de letras, tengo una opinión muy distinta. A mi me parece que usted es un chiflado, un enfermo del cerebro, un caso patológico digno del estudio de los hombres que entienden de estas cosas......

Yo, que su novia, lo habría mandado á usted á paseo desde la página aquella que publicó usted, y en la cual dice de su media naranja en cierne, lo que á la letra copio: "La noche oscura se deshizo en sus cabellos, como una lluvia de azabaches persas; parecen sus dos ojos un par de carbones encendidos de esos que producen los hnyeros de Nueva Caledonia; su cuerpo todo es la aglomeración de muchos copos de nieve, acariciados dulcemente por una aurora boreal; el rojo de sus labios pone miedo en el pecho de los arreboles húngaros, y cuando se sonríe se ocultan las perlas en lo más profundo de los mares. Una estrofa de Píndaro es menos escultural que su boca griega, que convida á la adoración extática antes que al beso fogoso. Su cintura es de abeja del Himeto; y cuando anda parece un junco del Senegal......"

Sigue usted hablando del talento y del alma de su novia; á los cuales compara usted, el primero, con el de la Pardo Bazán y á la segunda con la de Santa Teresa; cosas que á mi me parecen incompatibles.

Yo creo que usted no se *reventó* el día que escribió esa página por puro milagro de Dios.

Desde que yo leí *eso*, no le tengo á usted odio, no señor; le tengo lástima. Me pa ece que usted está pidiendo una chaqueta de fuerza, gránulos de cafeína y baños de ducha, á las cinco de la mañana. En cuanto á alimentación, procúrela nutritiva y sólida: caldos de gallina con huevos inéditos—hablo de esos que pertenecen á la categoría de *fetos, nonatos ó no puestos*,—carne asada á la llanera, sesos cubiertos, pan de maiz y vino auténtico. No abuse del café, porque desvela, y los insomnios debilitan.

Si con ese tratamiento no vuelve en sí, es usted un *caso perdido*, lo cual lamentaré por su novia, su familia y la literatura, que será la que en definitiva viene pagando el pato.

No le deseo que se conserve usted tal como está, porque eso sería una desgracia nacional y literaria; pero si le pido á Dios como buen cristiano, que si va usted á seguir como viene, más vale que se vaya ó se muera.

Soy personalmente su amigo,

RAFAEL BOLÍVAR.

Caracas: 1895.



# LOS DOS AVAROS

## HISTORIA QUE PARECE CUENTO

*(De una leyenda árabe)*

Uno de ellos, el avaro anciano, vecino de Gurreta, [población que se puede encontrar en el mapa moral de Venezuela, como dice Pérez Galdós de la patria de Gloria] era un viejo seco y curtido como un cuero de res, á quien no faltaba un millón de pesos en doradas onzas españolas. Para que la fortuna de este cretino fuese completa, tenía una esposa que valía dos millones y una hija que no tenía precio.

Un día, un avaro joven, mozo trigueño, de no malas barbas, aunque algo gordiflón, se ena-

moró, no de la chica del avaro viejo, sino del milloncito que despuntaba por la retaguardia de la zagala; y puso en juego su astucia de toro jugado en siete plazas....y conquistó el millón y la moza.

Con lo cual está dicho que hubo casorio sin chocolate ni arroz con gallo, y que se celebró el acto matrimonial á la sordina, sin que lo supiera ni el *sursum corda*.

La noche de la boda [en seco] llamó á su cuarto el avaro viejo al joven, y encendiendo una vela de sebo, con un palo de fósforo de azufre, y sentándose en una mala silla de cuero, díjole en tono profundamente sentencioso: "Tú eres un chico, no conoces el mundo; yo tengo callos de pasar trabajos y privaciones; estas canas que peino se las debo, no al sentir sino al pensar"....

—Pero he notado que usted encendió la vela cuando entramos los dos en este cuarto—dijo el avaro joven interrumpiéndole—Si para lo que usted me llamó aquí fue para que le oyera consejos y reflexiones, la vela está demás. Para hablar no se necesita de luz.

¡Y apagó la vela!

—Sabes más que yo—dijo sonriendo beatíficamente el avaro viejo—Mis consejos huelgan.

¡Y se levantó la sesión!

Caracas: 1895.

# LOS EXAMENES

No voy á hablar de los que se rinden para optar á ciertos grados. En estos exámenes suele haber alguna seriedad. Me voy á referir á los exámenes que rinden las escuelas federales y municipales para ambos sexos, en los meses de julio y agosto de cada año.

El día del exámen, el local de la escuela, de suyo triste y desapacible, se transforma por obra y gracia del barrido, de las flores y de las cortinas, cuasi siempre cursis que se ponen en puertas y ventanas; y á eso de las nueve de la

mañana van llegando los muchachos, trajeados con su mejor ropita y trayendo cada uno su premio respectivo.

El preceptor se ha levantado ese día más temprano: se ha puesto su ropa dominguera, á saber: camisa limpia, corbata de plastrón, chaleco aplomado, paltó–levita de color marrón y los pantalones color de hierro oxidado. Los zapatos los embetunó desde la noche, víspera del exámen, y parecen acabados de salir de las manos del asiduo concurrente á la Plaza Bolívar, de ese tipo que á todas horas del día tiene en la boca el legendario *¿quiée limpiá, marchante?*

Después que ya los muchachos están instalados en sus bancos, llegan la junta examinadora, compuesta de tres ó cuatro señores muy graves, que saben mucho de estas cosas, pues tienen en el oficio más de veinte años....y algunos entusiastas padres de familia, y uno que otro *colado*, que viene en busca de un vaso de cerveza ó de lo que halla.

El exámen queda bien ó mal, cuasi siempre lo último; un pendolista hace el acta, en que se escriben grandes elogios de la contracción y el talento del preceptor, buenas referencias de los discípulos, y se firma.

Luégo empieza la repartición de premios, en que cada chico va recibiendo su regalito, [un ju-

guete ó una Urbanidad de Carreño] y después que termina esto, es cuando empiezan los discursos en este orden: primero habla el Presidente de la Junta examinadora en tono dogmático y citando á Laboulaye y á Pestalozzi. Termina haciendo votos por los progresos del plantel y la salud del preceptor. En segundo término, habla uno de los niños de la escuela, chico muy audaz y que tiene mucho talento. Este oradorcito se adelanta al medio del local, entre la angustiosa espectación de sus condiscípulos, se sube á un banco y dice con más ó menos aplomo: "Señores de la Junta Examinadora; respetado maestro; queridos condiscípulos.......Vengo á daros las gracias en nombre de mis condiscípulos y en el mío propio por vuestra indulgencia! [Aquí suda y tiembla.] A vos, maestro, nada tengo que deciros que no sea para alabar como se debe vuestra sabiduría y ejemplar constancia! [El maestro se limpia una lágrima indiscreta y el chico se emociona.] A vosotros, compañeros de tareas escolares, os deseo salud y felicidad. He dicho." [Se apea sollozando de la improvisada tribuna.] Este discurso, aunque muy malo y peor dicho, es acogido por la concurrencia con frenéticos aplausos; y el orador cuando sale á la calle no cabe por ella. La oración se repite luego en la casa tres veces diarias; y los vecinos y la familia del

tribuno infantil se la aprenden de cuerito á cuerito, como dicen los llaneros, por habérsela oído repetir noventa veces en el mes de vacante.

Raro es el muchacho de estos que llega á hombre y no la coje por ser tribuno de su pueblo ú orador obligado de toda sociedad benéfica ó reunión casera....

En los exámenes de las escuelas de niñas la escena descrita es la misma, con las diferencias de los sexos. Aquí también hay un Presidente de la Junta examinadora, que vuelve con Laboulaye y Pestalozzi, en el cajonero discurso, y que como hombre galante, le hecha su florecita á la preceptora.

La cual le hace un guiño á una chiquilla rubia, como dándole la señal convenida para el ataque oratorio. La niñita se adelanta al medio del salón, no se monta en un banco porque se le pueden romper las pantoletas, [prorrumpe en llanto] y luego á todo escape y como quien dice una lección para que no se le olvide, se dirige al concurso en estos términos:

"Señores de la Junta Examinadora; respetada maestra; queridas condiscípulas......vengo á daros las gracias en nombre de mis condiscípulas y en el mío propio por vuestra indulgencia! A vos, maestra, nada tengo que deciros que no sea para alabar como se debe vuestra sabiduría

y ejemplar constancia! A vosotras, compañeras de tareas escolares, os deseo salud y felicidad He dicho."

La niñita vuelve á su asiento llorando á moco tendido.

Después de esto, los mismos aplausos; el mismo discurrir en el hogar á las horas de comer y la vanidad que se va metiendo en el corazón de la chiquilla.

De estas oradorcitas escolares es que suelen salir las mujeres habladoras y bachilleras, que tienen mucha gramática y letra menuda, pero *poca aguja y menos cocina.*

Juro ¡por Cormenin! que no soy enemigo de la oratoria ni de la instrucción pública, pero me cargan estos discursos infantiles y escolares. ¿No se podrían suprimir?

—¡Nó!

Pues que siga la elocuencia y adelante con los faroles.

Caracas: 1895.



# EPILOGO

Este libro no se ha escrito para componer la República. Hay cosas que no tienen composición, dicho sea francamente; y además que eso sería muy hondo, para quien, como yo, no tiene pretensiones de ser hombre de estado, ni ejercita poco ni mucho la facultad de pensar en la bienandanza ó malestar de sus conciudadanos.

Guasa pura viene á reirse de todo; menos del Gobierno, porque es malo eso de reirse de quien puede poner á uno como camisa de alfarero, á pesar de todas las libertades divinas y humanas.

Y, además, que no puedo yo dar otra cosa. La nota seria no me sale del cerebro. Una vez me encargaron una necrologia, y después que vió la luz en los periódicos, tuve seis desafíos con los deudos del finado.

Otro sí: que como yo no tengo nada más que GUASA PURA, hasta en el apellido, eso doy. Digo esto, porque apellidándome Bolívar, nunca me sobra uno en el bolsillo, y le tengo—para colmo de contrastes—un odio feroz á la carrera militar.

Lo que se puede llamar en buen romance: un Bolívar limpio y civil.

También es que soy hombre de fórmulas, y me he aplicado la que sigue: á mal tiempo, buena cara y santas pascuas. Nadie me saca de ahí

Cuando me acuesto sin cenar, amanezco silvando la Mascotta.

Cuando un amigo me hace una perrería, me felicito, porque si no fue más que una, con el tiempo han podido ser dos ó tres.

Y cuando me doy un mal tropezón, rezo devotamente un padre nuestro y acomodo la piedra de modo que todo el que pase por ahí, se acuerde de las estrellas y de lo que duele un porrazo en las uñas......

La alegría sana y retozona es la tónica de GUASA PURA. No le pidan seriedad, que es pla-

to de tontos ó de vanos, ni circunspección, que indigesta por pesada.

Siempre me ha parecido que un hombre grave es lo nulo andando; y que un hombre divertido es como la Maja de Maravillas, que cuando salía de su casa alborotaba el barrio.

Dios, quien sabe más que el padre Castro, fabricó la alegría para los pobres.

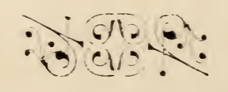
Del lote que me tocó á mi en el reparto sale GUASA PURA, libro ameno y divertido, lleno de chiste, de sal aragüeña—que es la sal de Dios—impreso en papel fino de á catorce pesos la resma, editado por un tipógrafo que sabe *componer* dormido y que no vale más que cuatro reales, [el libro.—N. del T.] para colmo de bellezas físicas y morales.

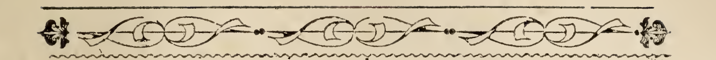
Haz, ¡oh público lector y amable! que se agote esta edición y las sucesivas.

He dicho.

Caracas: 1895.

FIN





# INDICE

PÁGINAS

Prólogo.............................. I

La Lengua.............................. 1

Los Callos.............................. 5

Indumentaria.............................. 10

Política Menuda.............................. 14

Las Narices.............................. 20

Plato del Día.............................. 25

Qué Rectifique!.............................. 30

¡Y tú también Pepe!.............................. 34

Día Turbio........................ 38
Y mi macho también.................. 44
¿ Me alzo ?.......................... 49
Aviso importante..................... 55
Poder del anuncio.................... 57
Los Irresistibles.................... 61
La Pollina .......................... 68
Interpretaciones .................... 72
¡ Cesante !.......................... 77
La Mabita............................ 80
¡ Mayo !............................. 85
Una piel roja........................ 89
Las Tarjetas......................... 92
La Candelaria........................ 97
Alocución Eleccionaria............... 102
Interrupción Parlamentaria........... 106
Carestía............................. 109
Los Chuecos.......................... 112

P. P. C. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 116

Los Minuciosos. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 121

Carta de un criollo á un decadente. . . . . . . . 126

Los dos avaros. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 129

Los Exámenes. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 131

Epílogo. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 138

